



23150

20.139

CUENTOS DE CALLEJA

año 1932

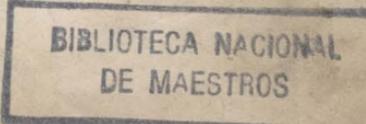
LA ALEGRÍA DE LOS NIÑOS

ILUSTRACIONES DE
ÁNGEL, PICOLO, ALBERTI Y DÍAZ-HUERTAS
(CON CENSURA ECLESIASTICA)



M C M X X I V
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

ALDUS S. A. Artes Gráficas, Santander.

EL PREMIO DE LA VIRTUD

PROFUNDA era la aflicción del pobre Julio: su anciano padre, postrado por cruel enfermedad, estaba agonizando, y sólo Julio le había asistido, pues en la habitación vivían los dos solos; la vela de sebo, única luz que tenían, se apagaba sobre la mesa, y las tinieblas de la noche lo envolvían todo.

—Julio, has sido un buen hijo, y yo te bendigo— dijo el padre moribundo—; Dios te ayudará en tu camino por la senda de la vida.

Fijó en el muchacho una mirada de ternura, suspiró profundamente y quedó muerto, reflejándose en su rostro una calma dulcísima. Julio prorrumpió en amargo llanto: no tenía ya a nadie en el mundo; ni padre ni madre, ni hermano ni hermana.

¡Pobre Julio! Arrodillado delante del lecho, besó la mano de su padre muerto, y durante mucho rato se oyeron sus gemidos; pero sus ojos se cerraron al fin, y se durmió con la cabeza apoyada contra las duras tablas del lecho.

Entonces tuvo un sueño singular. Creyó ver al sol y la luna inclinarse ante él; vio a su padre rebotando salud y sonriendo como antiguamente en sus días de buen humor. Una hermosísima joven, con larga y hermosa cabellera negra que estaba ceñida por diadema de oro, tendía la mano a Julio, y su padre le decía: «Mira tu prometida; es bella como el lucero de la mañana.»

Julio despertó y lanzó un suspiro; la radiante visión se había desvanecido; estaba solo al lado del cuerpo de su padre. ¡Cuán triste fue para el infeliz Julio esta vuelta a la triste realidad!

Al día siguiente enterraron el cadáver. Julio marchó detrás del ataúd: ¡no debía ver más a su buen padre, que tanto le amó y a quien tanto había amado! Cuando el ataúd quedó cubierto de tierra sintió despedazarse el corazón. ¡Era tan grande su pena! Alrededor de la tumba cantaban un salmo, cuya armonía arrancó a Julio lágrimas de ternura que calmaron su pena. El sol alumbraba con su dorada luz los verdes árboles, como si quisiera decirle: «Consuélate, Julio; mira qué hermoso y qué azul está el cielo. Allá arriba está tu padre, que vela por ti y ruega a Dios para que siempre seas bueno y dichoso.»

—¡Oh! Sí, siempre seré bueno—dijo Julio—, porque quiero reunirme con mis padres y hermanos en el cielo, y allí tendremos una inmensa alegría cuando nos volvamos a ver. ¡Cuántas cosas tendré que con-

El premio de la virtud

tarles! Y ellos me enseñarán y me explicarán las maravillas del cielo, como en otro tiempo me enseñaban las de este valle de lágrimas que llamamos tierra. ¿Qué no seré yo capaz de hacer para merecer tanta dicha?



Mira tu prometida.

Pensaba el pobre muchacho en esto con tanta fe, que sonreía al través de sus lágrimas. Allá arriba, en los castaños, los pajaritos gorjeaban alegremente: *quivi, quivi*. Y sin embargo, también ellos habían

asistido al entierro; sabían que el muerto estaba en el cielo; que tenía alas mayores y más hermosas que las suyas; que para siempre era feliz, porque había sido muy bueno en la tierra, y todo esto les tenía muy contentos, porque los pajaritos tienen sentimientos muy nobles.

Al ver Julio cómo se elevaban a las cimas de los más altos árboles, tuvo deseos de viajar como ellos. Pero antes cortó una gran cruz de madera que quería poner sobre la tumba de su padre, y por la tarde, cuando fue a llevarla, se encontró con que la tumba estaba adornada de arena y de flores. Esto era obra de algunas buenas gentes que habían conocido y estimado mucho al padre de Julio.

Cuando amaneció el día siguiente, el muchacho hizo su pequeño equipaje, apretó en su cintura su parte de herencia (tenía veinte duros y algunas otras monedillas de plata), y se preparó a recorrer el mundo. Pero antes fue al cementerio a rezar por última vez sobre la tumba de su padre, y estuvo allí un buen rato. Después dijo: «Adiós, padre mío; cuidaré siempre de ser bueno, para que desde el cielo te regocijes y pidas a Dios por mí.»

Después empezó a caminar.

En los campos por donde pasaba parecía que todas las flores mostraban colores bellos y despedían perfumes gratos y suavísimos, acariciadas por la luz del sol. Las mecía dulcemente el viento y parecían

decir a Julio: «Bien venido seas a la pradera. ¿No es verdad que está hermosa, y que pregona la grandeza del Creador?»

Julio se volvió por última vez para ver la antigua iglesia, en que le habían bautizado, y adonde iba todos los domingos con su anciano padre a adorar al Todopoderoso. Se arrodilló y rezó de nuevo, y con el alma confortada siguió su camino pensando en las magníficas cosas que iba a ver en la inmensidad del mundo. Como si tuviera alas en los pies, marchaba con rapidez asombrosa; iba lejos, muy lejos, más lejos de lo que nunca había estado. No conocía ni los pueblos que atravesaba, ni los hombres que encontraba: todo era nuevo para él, pero una serena confianza le impulsaba a continuar su ruta. Por otra parte, no experimentaba el menor cansancio.

La primera noche se echó en el campo en un haz de heno; no tenía otra cama. Pero esto le pareció delicioso; ni el Rey podía estar mejor. El campo entero, con el estanque, con el heno, y teniendo el cielo azul por techo, con una temperatura suave y con la dulce fragancia del romero y el tomillo, formaban una alcoba superior a las de todos los poderosos de la tierra. La hierba verde, salpicada de florecillas rojas y blancas, servíale de tapiz; los matorrales de tilos y los setos de rosas salvajes, constituían un lindo adorno; un estanque de cristalinas aguas servía de fuente; los cañaverales, inclinándose, parecían saludarle;

la luna brillaba como una gran lámpara de plata colgada de un techo azul y transparente, y esta lámpara no corría el peligro de incendiar las cortinillas. Julio podía dormir tranquila y cómodamente, y esto es lo que hizo. Al salir el sol, le despertaron los cánticos de los pajarillos, y sintió la agradable impresión del aire fresco de la madrugada.

Las campanas de la cercana iglesia dejaban oír sus agudos sonidos; era día de fiesta: el pueblo se dirigía a la capilla principal para oír el sermón; Julio siguió a la multitud, cantó un salmo y oyó la palabra de Dios como lo hubiera hecho en la misma iglesia donde, cuando pequeño, le habían bautizado y donde con frecuencia había elevado con su padre oraciones al Todopoderoso.

Después se dirigió al cementerio, donde se entretuvo en ver las tumbas: sobre muchas de ellas crecían espesas hierbas. Julio pensó que acaso sucedería lo mismo con la de su padre, privada de los cuidados que él ya no la podía dar. Se sentó en tierra, arrancó la hierba, puso en pie las cruces que había caídas y volvió a colocar en las tumbas las coronas que el viento había derribado.

—Quizá en este momento— pensaba—, tenga alguno el mismo cuidado con la tumba de mi padre, ya que yo no puedo. Si así es, que Dios le bendiga.

Al salir del cementerio encontró un mendigo viejo apoyado en su báculo; Julio le dio sus moneditas de

El premio de la virtud

porque se le había roto una pierna. Quiso Julio llevarla apoyada en su brazo; pero su compañero abrió la maleta, sacó un tarrito, y dijo que él tenía una pomada que curaría inmediatamente la herida, y de este



Pasó por allí una pobre mujer.

modo podría continuar sola, como si no se la hubiera roto la pierna. En cambio la pidió las tres varas que llevaba.

—No me pides poco—dijo la anciana, e hizo un extraño signo con la cabeza.

Se conocía que no renunciaba de buena gana a sus varas; pero por otra parte no quería continuar tendida en el suelo con la pierna rota. Dio, pues, las varas, y en cuanto el compañero de Julio la frotó con su pomada en la pierna, la vieja se levantó y pudo marchar mejor que antes. ¡Qué pomada! No la hay tan buena en ninguna botica.

—¿Qué piensas hacer de esas tres varas?—preguntó Julio a su compañero de viaje.

—Pueden servir para tres hermosas escobas, y no me disgusta tenerlas; ya verás cómo me sirven para algo de provecho.

Aun anduvieron otro buen trozo de camino.

—¡Mira qué tempestad se prepara!—dijo Julio—
¡Qué negras y terribles son esas nubes!

—No—respondió su compañero—, no son nubes, son montañas. Por esas montañas se sube por encima de las nubes al seno de los aires y se disfruta un espectáculo magnífico. Vamos allá; y verás cómo tengo razón.

Era necesario andar todo el día para llegar al pie de aquellas montañas, cuyos sombríos bosques tocaban el cielo y en las que había piedras tan grandes como un pueblo entero. Era necesario descansar para atreverse a emprender aquella caminata. Julio y su compañero de viaje, que llevaba dinero, entraron por consiguiente en una posada a fin de cobrar fuerzas.

El premio de la virtud

En la sala grande de la posada había multitud de personas entretenidas en mirar a un hombre que tenía un teatrino de polichinelas. Precisamente acababa en aquel momento de levantar su teatrino; se habían sentado todos alrededor de él, y el mejor sitio, en primera fila, estaba ocupado por un carnicero viejo y gordo que llevaba un enorme perro de presa. ¡Oh, qué animal tan feroz! Miraba a todas partes con expresión amenazadora.

Empezó la comedia. Un rey y una reina estaban sentados en un trono soberbio, con coronas de oro, mantos de púrpura y largos trajes de cola: su riqueza les permitía este lujo; preciosos muñecos con ojos de cristal y grandes bigotes estaban de pie en las puertas, que abrían y cerraban continuamente para renovar el aire en la sala. Sí, la comedia era muy linda e interesante, y los muñecos que la hacían eran de movimiento. De pronto la Reina se levantó y dio algunos pasos. Entonces, el gran perro de presa, aprovechándose de que el carnicero no le contenía, dio un salto hasta el teatro y agarró a la Reina por el medio cuerpo con sus terribles dientes. ¡Cric, crac! Era horrible de ver.

El pobre dueño del teatrino se llenó de angustia y de aflicción por causa de su Reina, la más hermosa de sus muñecas y a la que el perro de presa había destrozado la cabeza con sus enormes mandíbulas.

Pero cuando todos se marcharon, y cuando más se

lamentaba aquel infeliz, el compañero de Julio dijo que él iba a poner la muñeca en buen estado. Cogió su tarrito y frotó a la muñeca con la pomada que ya había curado a la vieja. Inmediatamente la muñeca se encontró mejor que antes que la mordiera el perro. Sabía hasta mover los brazos sin necesidad de que tirara de la cuerda, y no le faltaba más que hablar. Su dueño estaba admirado de verla bailar sola; ninguna de sus muñecas podía hacer otro tanto. Dio las más cariñosas gracias al compañero de Julio y quiso pagarle su trabajo, pero aquél no admitió recompensa alguna.

Por la noche, cuando las gentes de la posada estaban durmiendo, se oyó un suspiro tan profundo y continuado, que muchos, asustados, se levantaron para ver lo que era. El hombre de los polichinelas corrió a su teatro, porque allí era donde habían suspirado. Todas las muñecas estaban acostadas en confusa mezcla; el Rey en medio de sus guardias de corps. Eran ellos los que habían suspirado tan tristemente, porque se morían de envidia por no haber sido frotados como la Reina y deseaban poder moverse solos. La Reina se arrodilló y presentó su coronita de oro diciéndole al amigo de Julio: «Tomadla, pero frotad a mi esposo y a las personas de mi corte.»

Entonces, el pobre director no pudo menos de llorar, y ofreció al compañero de Julio todo el dinero que había ganado con su teatro si consentía en fro-

El premio de la virtud

tar solamente con aquella pomada a cuatro o cinco de sus más bonitas muñecas. El compañero de Julio respondió que sólo quería el gran sable que el director llevaba al costado. Con gusto consintió éste en el cambio, y seis muñecos fueron inmediatamente frotados.

El cochero bailó con la cocinera, el criado con la doncella; todos los que estaban allí bailaban, hasta la badila y las tenazas, pero se cayeron al suelo cuando trataron de dar el primer salto. ¡Qué noche tan divertida!

Al día siguiente, Julio salió de la posada con su compañero de viaje, y llegaron a las altas montañas y a los grandes bosques que el día anterior habían visto desde lejos. Subieron tal alto, que las torres de las iglesias parecían por debajo de ellos pequeños puntos rojos en medio de la pradera, y tenían ante sí un inmenso horizonte. Julio no había visto nunca un espacio tan grande: la luz del sol descendía de un cielo puro y azul; los cazadores tocaban el cuerno en las montañas; todo eran tan bello y tan animado, que se le saltaron las lágrimas de alegría, y no pudo menos de decir: «¡Dios mío! ¡Cuán hermoso es el mundo que has creado! Esta magnificencia a ti es a quien se la debemos.»

El compañero de viaje había caído de rodillas y oraba.

Parecía también embelesado por aquel hermoso espectáculo, y paseaba su vista por los bosques y las

ciudades. De pronto se oyó un ruido extraño por encima de ellos y levantaron las cabezas: un gran cisne blanco se cernía en el aire; era maravilloso, y cantaba con una dulzura encantadora. Pero su voz se debilitaba cada vez más; inclinó la cabeza, y cayó a los pies de Julio; estaba muerto.

—Estas dos alas, tan blancas y tan grandes, valen dinero—dijo el compañero de viaje—; voy a llevármelas. Ya ves qué bien he hecho en pedir el sable.

Y de un certero golpe cortó las alas del cisne muerto y se las llevó.

Aun anduvieron los viajeros muchas leguas por encima de las nubes. De pronto vieron una gran ciudad, con cien torres plateadas que brillaban al sol con reflejos deslumbradores. En medio de la ciudad se levantaba un castillo de mármol cubierto de oro; allí vivía el Rey.

Julio y su compañero de viaje no quisieron entrar inmediatamente en la ciudad; se detuvieron en una posada para comer y cambiar de ropa, porque querían presentarse elegantes para pasear por las calles.

El huésped les contó que el Rey era una excelente persona, que jamás había hecho a nadie ni bien ni mal.

—En cambio—añadió—, Dios nos guarde de su hija, que es perversa y cruel. Es hermosa hasta lo increíble, pero ¿de qué le sirve su belleza? Es una hechicera infame que ha causado la muerte de una porción de hermosos Príncipes.

El premio de la virtud

Añadió que la Princesa había permitido a todo el mundo que pidiera su mano, lo mismo al joven que al anciano, lo mismo al Príncipe que al pordiosero; no la importaba la calidad de su pretendiente, pero le exigía que adivinase tres enigmas que ella proponía. El que los pudiese adivinar se casaría con ella, y a la muerte de su padre subiría al trono. En cuanto a los que no los adivinaban, los hacía colgar o decapitar sin compasión; tan malvada era aquella joven de rostro tan bello. Su padre, el anciano Rey, estaba muy triste; pero no podía impedir aquellos horrores, porque había declarado, de una vez para siempre, que no se mezclaría en la elección de yerno, y además no tenía la energía suficiente para oponerse a la voluntad de su hija. Cada vez que un Príncipe había tratado de adivinar los enigmas para casarse con la Princesa, había fracasado en su propósito y había sido colgado o decapitado, Ella se disculpaba diciendo: «¿No le había advertido? ¿Por qué se empeña en adivinar lo que no está al alcance de su talento?» El anciano Rey estaba de tal modo entristecido con esta conducta, que él y sus soldados pasaban todos los años un día entero de rodillas rogando a Dios para que perdonase a la Princesa sus pecados y la hiciese ser buena. Nada lograba, sin embargo.

—Merecería esa infame Princesa—dijo Julio—, ser azotada, y la sentaría muy bien. Si yo fuese el viejo Rey, sabría castigarla como es debido.

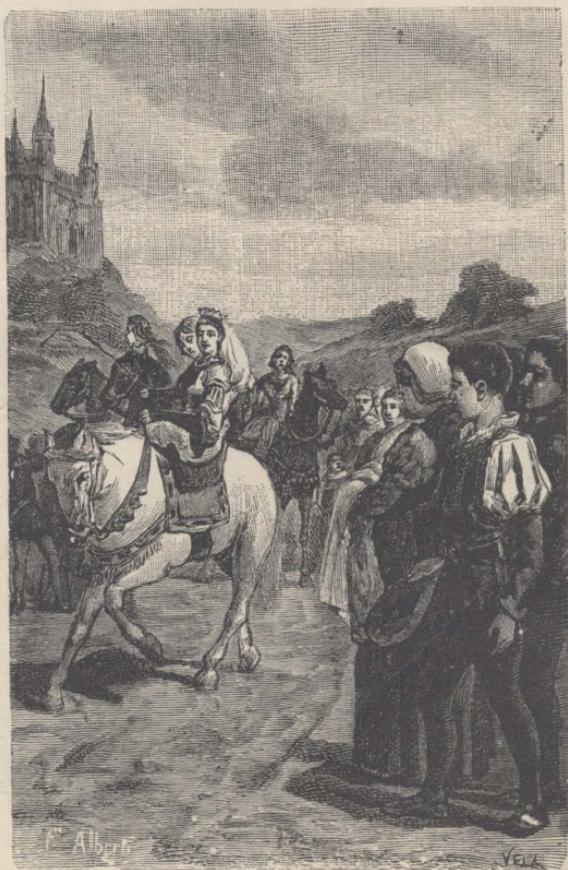
En aquel momento oyeron los dos compañeros grandes vivas y aclamaciones. Era que pasaba la Princesa, y en efecto, era tan hermosa, que al verla, el pueblo olvidaba sus maldades y la vitoreaba, embelesado con su belleza. Doce damas de honor, con trajes de seda blanca y un tulipán de oro en la mano, montadas en caballos negros como la noche, la servían de cortejo. La Princesa llevaba un caballo blanco como la nieve, adornado con diamantes, esmeraldas y rubíes; vestía un traje de seda recamado de oro, y el látigo que tenía en la mano era de oro tan brillante que parecía un rayo de sol. En la cabeza ceñía una diadema riquísima, que parecía compuesta de estrellas del cielo, por las muchas piedras preciosas que la adornaban, y su vestido parecía fabricado con preciosas alas de mil mariposas de colores. Sin embargo, aun era más hermosa que sus vestidos.

Al verla Julio, se puso encendido como la grana, y sintió que su corazón palpitaba con violencia. La Princesa se parecía exactamente a la visión que había tenido cuando estaba al lado del lecho de su padre muerto. La encontró tan hermosa que no pudo menos de amarla.

—Es imposible—se decía—, que sea una hechicera de tan perverso corazón que haga colgar y decapitar a los que no adivinan sus acertijos. Si todos son libres para pedir su mano, hasta los pordioseros, yo iré al castillo y me atreveré a ello, porque es tan hermosa que jamás podré olvidarla.

El premio de la virtud

Tratáronle de convencer todos de que hacía mal y de que sufriría la suerte de los demás. Su mismo compañero de viaje le desanimó también cuanto pudo; pero Julio había tomado ya su resolución. Cepilló



Llevaba un caballo blanco.

cuidadosamente sus vestidos, limpió sus zapatos, se lavó muchas veces las manos y la cara, arregló sus hermosos cabellos rubios, y entró solo en la ciudad, dirigiéndose al castillo.

No tardó en verse en presencia del anciano Rey, que recibía fácilmente a todo el mundo y que se presentó a él vestido con gran elegancia. Tenía la corona de oro en la cabeza, el cetro en una mano y una bola de oro en la otra.

—Espera, jovencillo—dijo poniéndose la manzana bajo el brazo para ofrecer su mano a Julio, porque era un rey muy cumplido; pero en cuanto supo que el joven era un pretendiente se conmovió de tal manera, que el cetro y la bola de oro se le cayeron al suelo, y tuvo necesidad de enjugarse las lágrimas con un finísimo pañuelo. Era muy sensible aquel anciano.

—No pienses en semejante cosa, hijo mío—exclamó—; acabarás tan mal como los otros; ven y verás.

Y tomando a Julio de la mano le llevó al jardín de la Princesa. ¡Qué horror! De las ramas de cada árbol colgaban tres o cuatro Príncipes que habían pedido la mano de la Princesa y no habían podido adivinar sus enigmas. El viento cada vez que soplaba hacía resonar sus esqueletos, y los pajarillos huían para no volver más. Toda clase de plantas estaban adheridas a las osamentas, y había cabezas de muertos que reían en tiestos de flores y que parecían rechinar los dientes. ¡Bonito jardín para una Princesa!

—¿Lo ves?—dijo el Rey—; renuncia a tu proyecto, o morirás como estos desgraciados. Hazlo en obsequio mío. ¡Sufro tanto con estos crímenes!

Julio, enternecido, besó la mano al Monarca y tra-

El premio de la virtud

tó de calmarle, afirmándole que tenía gran esperanza en que la protección divina le sacara con bien de este trance, al que no podía renunciar por lo mucho que adoraba a la Princesa.



Morirás como estos desgraciados.

Precisamente entonces penetró ésta con sus damas en el patio del castillo, y ambos fueron a saludarla. Con una gracia infinita y con sonrisa angelical, tendió su mano a Julio, que la amó más que nunca y

pensó que era un error acusarla de infame hechicera. Subieron en seguida al gran salón del palacio, donde hermosos pajecillos les presentaron dulces y refrescos deliciosos; pero el anciano Rey estaba tan afligido que no pudo comer, porque compadecía a aquel joven tan guapo y risueño. Se decidió que a la mañana siguiente volvería Julio al castillo y que en presencia de los jueces y de todo el Consejo trataría de adivinar el primer enigma. Si salía airoso, volvería otras dos veces más, para adivinar los restantes. Pero hasta aquel día nadie había podido dar con la clave del primer enigma, y todos habían sido condenados a muerte.

No se inquietó Julio por la prueba que le esperaba; no temía la muerte, y además amaba mucho a la hermosa Princesa. Estaba firmemente convencido de que Dios le ayudaría; pero ¿cómo? Lo ignoraba y no quería pensar en ello. Al volver a la posada donde su compañero le esperaba, expresaba su rostro la más viva satisfacción.

Claro es que una vez solos se pasó horas enteras hablando a su compañero de la hermosura de la Princesa y de lo amable que con él había sido. Ardía en deseos de ver llegar el día siguiente para entrar en el castillo y probar la aventura. Pero su compañero movió la cabeza con aire triste:

—Te he tomado mucho cariño—le dijo—, y habríamos podido permanecer aún mucho tiempo juntos; pero es preciso que te pierda ya. ¡Pobre Julio! Siento

El premio de la virtud

deseos de llorar; pero no quiero turbar tu alegría cuando quizá es ésta la última noche que pasaremos juntos. Vaya, pongámonos alegres, muy alegres; tiempo tendré de llorar cuando te hayas marchado.

No tardó en correr la voz por la ciudad de que se había presentado un nuevo pretendiente, y así era general la aflicción, porque los habitantes de aquel país tenían muy buenos sentimientos. Los teatros suspendían sus funciones; los pasteleros envolvían sus pasteles de dulce en masa negra, y en cuanto al Rey, no salía de su reclinatorio.

Iban ya a acostarse Julio y su compañero, cuando éste preparó un gran vaso de ponche, y dijo a Julio que iban a divertirse bebiendo a la salud de la Princesa. Pero cuando Julio había bebido dos vasos, su cabeza se desvaneció a su pesar y se cerraron sus ojos, quedándose dormido. Entonces su compañero de viaje le levantó suavemente de su silla y le llevó a la cama. En seguida cogió las grandes alas del cisne y se las sujetó a los hombros; puso en su bolsillo la mayor de las varas que le había dado la vieja, y echó a volar por encima de la ciudad hasta llegar al castillo de mármol. Allí se sentó en un rincón bajo la ventana de la alcoba de la Princesa.

La noche era oscura: reinaba un silencio profundo. A las doce menos cuarto se abrió la ventana, y la Princesa, con largas alas negras, envuelta en una capa blanca, se elevó en los aires hasta una gran mon-

taña. El compañero de Julio se untó el cuerpo con una pomada misteriosa que le hizo invisible, y siguió a la Princesa, dándola con su vara tan recios golpes que hizo brotar sangre de su espalda.



Allí se sentó en un rincón.

¡Qué viaje tan extraño al través de los aires! El viento hacía flotar la capa de la Princesa y se la desplegabá como la vela de un buque: la luna brillaba con fantástico resplandor.

El premio de la virtud

—¡Qué modo tan espantoso de granizar!—decía la Princesa a cada golpe.

Y por cierto que los tenía bien merecidos por su crueldad. Por fin llegó a la montaña, y llamó. Oyóse un ruido semejante a un trueno, la montaña se abrió, y la Princesa entró, seguida del compañero de Julio, que continuaba siendo invisible.

Pasaron por un largo corredor cuyas paredes centelleaban de una manera extraña: eran mil arañas encendidas que subían y bajaban rápidamente. No tardaron en llegar a una gran sala construída con oro y plata; hermosas flores amarillas, rojas y azules brillaban en las paredes; pero nadie podía cogerlas, porque sus tallos no eran sino horribles serpientes venenosas. El techo estaba sembrado de gusanos de luz y de murciélagos de color azul celeste que continuamente agitaban las alas. ¡Qué sorprendente era todo esto! En medio del suelo se elevaba un trono sostenido por cuatro esqueletos de caballos, cuyos arneses se componían de arañas centelleantes. El trono era de cristal blanco como la nieve, y los cojines estaban formados por ratoncillos negros que se mordían la cola. Por encima tenía un dosel formado por una especie de tela de araña de color rojo vivo, adornado con preciosas moscas verdes que brillaban como esmeraldas. En medio del trono estaba sentado un viejo hechicero con una corona de marfil sobre su horrible cabeza y un cetro de caña en la mano. Besó a la Princesa en

la frente, la invitó a sentarse a su lado sobre el precioso trono y empezó la música. Enormes saltamontes negros del tamaño de carneros bailaban alrededor, y un buho, a falta de tambor, tocaba con palillos en su hinchado vientre. En verdad que era un misterioso concierto. Pequeños fantasmas negros y rojos, con un fuego fatuo sobre el gorro, bailaban alrededor de la sala. Nadie pudo ver al compañero de Julio; se había colocado detrás del trono, y desde allí escuchaba y veía todo lo que pasaba. No tardaron en entrar los cortesanos, parecían ricamente vestidos, y tenían a primera vista un aspecto elegante; pero quien los hubiera visto a la claridad de la luz les hubiera apreciado en seguida en su justo valor, porque no eran sino mangos de escoba con cabezas de repollo en el extremo, a las que el hechicero había dado una vida artificial y trajes bordados. No era más que para aparentar lo que representaban.

Cuando concluyó el baile, la Princesa contó al hechicero que se había presentado un nuevo pretendiente, y le pidió consejo acerca del primer enigma que le había de proponer.

—Si quieres hacer lo que yo te aconseje—la dijo el hechicero—, piensa en una cosa tan sencilla que por lo mismo no se le pueda ocurrir. Piensa en uno de tus zapatos, y de seguro no lo adivinará. Manda entonces que le corten la cabeza, y sobre todo no te olvides cuando vuelvas mañana a la noche de traerme sus

El premio de la virtud

ojos y sus sesos. Los primeros los convertiré en diamantes, y los segundos me los comeré rebozados, con mucho gusto.

Hizo la Princesa una reverencia profunda; y pro-



Besó a la Princesa en la frente.

metió llevarle lo que la pedía. Entonces el hechicero abrió la montaña; la despidió, y ella empezó a volar, seguida siempre del compañero de Julio, que continuaba golpeándola tan fuerte que la infeliz Princesa

lloraba, quejándose amargamente del granizo. Al fin entró por la ventana de su alcoba; y entonces el compañero de viaje voló hacia la posada donde Julio dormía aún, se quitó las alas y se metió en la cama, pero no se entregó al sueño, porque aquel hombre no dormía.

Al día siguiente muy temprano, Julio se despertó; también se levantó su compañero, y contó que en la noche anterior había tenido un sueño muy singular en que figuraban la Princesa y uno de sus zapatos. Aconsejó a Julio por consiguiente, que preguntase a la Princesa si no había pensado en su zapato.

—Lo mismo me da preguntar eso que otra cosa— dijo el mozo—; quizá tú has soñado lo justo, porque estoy convencido de que Dios me ha de ayudar. Y ahora voy a despedirme de ti, por si acaso no volvemos a vernos.

Se abrazaron, llorando, y Julio volvió a la ciudad, dirigiéndose al castillo. El salón estaba lleno de gente, los jueces estaban sentados en sus butacas, con almohadones bajo la cabeza, porque tenían mucho que meditar. El anciano Rey, más afligido que nunca, se levantó, estrechó la mano del joven y enjugó sus ojos con un pañuelo blanco. No tardó en entrar la Princesa algo fatigada, pero más hermosa que la víspera; saludó con aire gracioso, y dando la mano a Julio le miró con dulce sonrisa.

Julio debía adivinar en qué era en lo que pensaba.

Ella le miró sonriendo irónicamente; pero en cuanto él la preguntó si pensaba en uno de sus zapatos, el rostro de la joven se puso pálido como el yeso, y todo su cuerpo tembló.

—Ha adivinado lo que yo pensaba—dijo, y salió de la habitación sin despedirse de nadie y con grandes muestras de enojo.

El anciano Rey pareció alegrarse mucho de la suerte del joven, pues hizo una cabriola de primera fuerza que todos aplaudieron. En seguida salió Julio muy felicitado por todos.

El compañero de viaje quedó también muy satisfecho cuando conoció el éxito de la aventura. Julio, entonces, dio gracias a Dios, que ciertamente le ayudaría aún en las otras dos pruebas. Al día siguiente se verificaba la prueba del segundo enigma.

Aquella noche ocurrió lo mismo que en la anterior. En cuanto Julio quedó dormido, el compañero de viaje volvió a seguir a la Princesa a la montaña, y la pegó más fuerte aún que la víspera, porque había cogido dos varas. Nadie le vió, y el lo oyó todo: el hechicero aconsejó a la Princesa que aquella vez pensara en su guante derecho. El compañero de Julio le contó que había soñado esto, y nada fue más fácil al joven que adivinar el segundo enigma, lo cual produjo en el castillo una indecible alegría. Toda la corte bailó y cantó a imitación de su Rey; únicamente la Princesa quedó triste y pensativa y no quiso proferir ni una palabra.

Se esperaba con ansiedad la tercera prueba. Un éxito más, y la Princesa tendría que casarse con Julio, que a la muerte del Rey heredaría el trono. En el caso contrario, perdería la vida, y el hechicero se quedaría con sus hermosos ojos azules y se comería sus sesos rebozados con tomate.

La víspera de aquel día Julio se acostó muy temprano, hizo su oración y se durmió tranquilamente. Entonces su misterioso compañero cogió las alas del cisne, se ciñó el sable al costado y voló hacia el castillo llevando las tres varas.

Fría y oscura era la noche: la tempestad arrancaba las tejas de los tejados y los árboles del jardín, donde colgaban los esqueletos, plegándose como cañas a cada soplo de viento. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, y los truenos eran horrorosos. A las doce menos cuarto se abrió la ventana, y la Princesa echó a volar. Estaba pálida como el mármol; pero la tempestad no le asustaba. Su manto blanco, semejante a la vela de un buque, hacía remolinos en el aire. El compañero de Julio la golpeaba tan rudamente con sus tres varas, que la infeliz derramaba sangre, gemía de dolor y apenas podía continuar su vuelo. Sin embargo, llegó fatigada y jadeante a la montaña.

—El granizo y el viento me han maltratado mucho—dijo—; nunca he salido con un tiempo como éste.

—Mucho debes haber sufrido cuando traes huellas de lágrimas—replicó el hechicero.

Ella le contó con voz triste que su pretendiente había adivinado también el enigma la segunda vez. Si al día siguiente lograba también adivinar, ya no habría remedio y no podría volver ya a la montaña ni practicar sus hechicerías. Estaba muy afligida, y fatigada aún por la terrible paliza que había llevado.

—Pues te aseguro que esta vez no adivinará, o es preciso que sea más hechicero que yo—dijo el espantoso viejecillo—. Ea, tranquilízate y dancemos un rato.

Cogió a la Princesa de las dos manos, y bailaron dando grandes saltos alrededor de la habitación con los fantasmas, visiones y fuegos fatuos que había. Las arañas rojas saltaban alegremente en la pared, las flores de fuego centelleaban, el buho tocaba el tambor en su vientre, el grillo cantaba, los saltamontes negros danzaban la gavota, y después se pusieron a bailar el can-can. El baile estuvo animadísimo.

Apenas terminó la broma, quiso volver la Princesa al castillo para que no se notara su ausencia. El hechicero se ofreció a acompañarla.

Volaron rápidamente a pesar del mal tiempo, y el compañero de viaje hizo uso de sus tres varas en las espaldas de ambos hechiceros. Jamás el hombre viejecillo había tenido que sufrir una granizada semejante. Ya cerca del castillo se despidió de la Princesa, diciéndola muy bajo:

—Piensa mañana en mi cabeza.

El compañero de viaje se había deslizado hasta ellos y lo había oído. En el mismo momento en que la Princesa se deslizó por la ventana de su alcoba, agarró al hechicero por su larga barba negra, y apoyándole contra el alero del tejado le cortó su horrosa cabeza al ras de los hombros. Lo hizo con tanta rapidez y habilidad, que verdaderamente el hechicero no pudo decir siquiera ¡ay! Arrojó el cuerpo a lo profundo del lago, donde se hundió con un ruido semejante al del hierro ardiendo, y en cuanto a la cabeza, después de haberla bañado en el agua, la envolvió en su pañuelo y la llevó a la posada.

En cuanto amaneció el día siguiente, despertó a Julio, le dio el pañuelo y le recomendó que no lo des envolviera hasta el momento que la Princesa le hiciese su tercera pregunta.

En el salón del castillo se había reunido la gente principal de la ciudad, y la multitud estaba tan apretada como los granos de una piña. Los jueces del Consejo, sentados sobre los almohadones, estaban muy serios; el Rey se había hecho vestir de nuevo; la corona de oro y el cetro habían sido pulimentados, pero la Princesa estaba extremadamente pálida. Llevaba un traje negro, como si se dispusiera a ir a una ceremonia fúnebre.

—¿En qué he pensado?—preguntó a Julio con ansiedad.

El premio de la virtud

Julio desenvolvió el pañuelo y quedó horrorizado ante el espantoso aspecto de la cabeza del hechicero. Hubo un temblor general, y en cuanto a la Princesa quedó tan inmóvil que parecía una estatua. Al fin se



La cabeza del hechicero.

levantó, tendió la mano a Julio, declarando con voz débil que había adivinado; y sin mirar a nadie se alejó, suspirando profundamente.

—Has ganado la apuesta—dijo el anciano Rey—;

esta noche se celebrarán aquí las bodas. Cuantos están aquí quedan invitados, y lo pasarán bien, porque quiero hacer un extraordinario y echar la casa por la ventana.

Resonaron atronadores vivas, la música militar entonó aires populares, las campanas tocaron a vuelo, los pasteleros quitaron la masa negra a sus pasteles de dulce; todo era alegría. Se asaron cien vacas enteras y multitud de patos y pollos rellenos; se sirvieron a la multitud en medio del mercado, y todo el mundo tuvo derecho a cortar un pedazo. Los vinos más deliciosos saltaron de las fuentes, y el que fue a comprar al panadero un pan de a cuarto, recibió seis tortas muy grandes llenas de confitura, capaz de hacerse chupar a cualquiera los dedos.

En cuanto anocheció toda la ciudad estuvo iluminada; los artilleros tiraban cañonazos; los muchachos lanzaban cohetes y petardos. En el palacio Real se comía, se bebía, se brincaba y se saltaba; todos los señores y todas las hermosas señoritas se mezclaban en el baile. A lo lejos se oía cantar:

Bailen las niñas hermosas
Al son de gaita y pandero;
Vivan las mozas graciosas
Que encantan con su salero.

A pesar de esto la Princesa continuaba muy triste, porque no amaba a Julio. El compañero de éste no lo había olvidado, y dio a Julio tres plumas de las

alas del cisne y una redomita que contenía algunas gotas de un líquido de color de rosa. Le advirtió que tuviese cuidado de poner cerca del lecho nupcial un gran baño de cristal lleno de agua, que echase en ella las plumas y las gotas de color de rosa, y que hiciese bañar allí tres veces a la Princesa. Era el medio de desencantarla y de despertar amor hacia Julio.

No hay para qué decir que éste siguió las prescripciones de su compañero. La Princesa dio grandes gritos cuando la metió en el agua; se deshizo entre sus manos y tomó la forma de un hermoso cisne negro con ojos centelleantes como relámpagos. Al segundo baño el cisne se volvió blanco, a excepción de un anillo negro que le quedó alrededor del cuello. Julio se puso a rezar, y cuando el cisne entró por tercera vez en el agua, se convirtió en una princesa admirablemente hermosa, más adorable que nunca y que con las lágrimas en los ojos dio gracias a Julio por haber puesto fin a su encatamiento, y le aseguró que le amaría siempre.

Al siguiente día el anciano Rey con toda su corte vino a cumplimentar a los esposos: el día pasó en felicitaciones. El compañero de Julio llegó el último, con un cayado en la mano y un saco de viaje al hombro. Julio le abrazó muchas veces con ternura: no quería dejar marchar al autor de su felicidad; pero éste movió la cabeza y dijo con aire dulce y amistoso:

—No, ya no nos volveremos a ver en la tierra; no

he hecho más que pagar una deuda que contigo había contraído. ¿Te acuerdas de aquel muerto al que dos hombres infames querían hacer mal? Tú diste todo lo que tenías para asegurarle la paz de la tumba;



A caballo de sus rodillas.

pues bien, yo soy el alma de ese muerto que por permisión divina volvió al mundo para hacerte dichoso. Sé siempre bueno, y tu felicidad no concluirá jamás.

Dijo y desapareció.

El premio de la virtud

Las fiestas de la boda duraron un mes entero; Julio y la Princesa se amaron tiernamente, y los horribles esqueletos del jardín recobraron la vida y salieron del castillo, gracias a algunas aspersiones con el agua mágica del baño; el anciano Rey vivió aún muchos días felices, haciendo montar a caballo en sus rodillas a sus nietecillos, dándoles el cetro y la bola de oro para que jugasen.

Después de su muerte, Julio le sucedió en el trono, y fue un rey muy valiente y sabio.

EL SILBATO PRODIGIOSO

¡UNA, dos! ¡Una, dos!..... Así marcando el paso marchaba un soldado por la carretera, llevando su morral a la espalda y el sable al costado. Había hecho la guerra y se retiraba a su casa con licencia. Marchando por su camino, salióle al encuentro una vieja hechicera; era tan fea, que la nariz semejava el pico de un loro, y su labio inferior la caía sobre el pecho.

—Bravo soldado—le dijo—, qué hermoso sable llevas, y qué morral tan grande! En verdad que tienes aire marcial, y así voy a darte cuanto dinero quieras.

—Gracias, generosa hechicera—contestó el soldado.

—¿Ves ese árbol tan grande y corpulento?—continuó la hechicera indicando un árbol inmediato—; tiene su tronco completamente hueco; sube a la copa, verás un agujero grande, y baja escurriéndote por él hasta el fondo del árbol. Espera: voy a ceñirte una cuerda al cuerpo para poder subirte cuando me llames.

—¿Y qué he de hacer dentro del árbol?—dijo el soldado.

El silbato prodigioso

—Buscar el dinero. En el fondo del árbol verás un gran corredor perfectamente iluminado por más de cien lámparas. En él hallarás tres puertas, que podrás abrir porque las llaves están puestas en las ce-



¿Ves ese árbol tan grande y corpulento?

rraduras. Si penetras en la primera sala, verás en el centro del pavimento una enorme caja con un perro encima de espantable aspecto. Los ojos de este perro son tamaños como platillos de café, pero no ten-

gas cuidado. Te daré mi mantón de cuadros azules, rojos y amarillos, le extenderás en el pavimento, y después arremetes sin miedo al perro, le agarras y le pones sobre el mantón, abres la caja y tomas la cantidad de dinero que quieras. Todo es cobre; mas si prefieres la plata, entra en la segunda sala: allí sobre la caja del tesoro está sentado un perro cuyos ojos son como ruedas de molino, pero no te importe: colócale sobre mi mantón y coge la plata que apetezcas. Si lo que prefieres, que sí lo preferirás, es el oro, también hallarás todo cuanto quieras: para esto te bastará penetrar en la tercera sala. Te advierto que el perro que está sentado sobre la caja tiene los ojos tan enormes como la cúpula de la iglesia. Verdaderamente que es un animal espantoso, pero no temas: colócale sobre mi mantón, que no te hará nada malo, y coge después de la caja cuanto oro quieras y puedas llevar.

—Convenido—dijo el licenciado—; pero ¿qué parte quieres tú que yo te dé, amiga hechicera? Porque supongo que también querrás tú una buena parte.

—No, nada quiero absolutamente; sólo deseo que me traigas un silbato que mi abuela se dejó en la ignorada estancia cuando me hizo su última visita.

—Corriente; cíñeme la cuerda alrededor del cuerpo.

—Ya está: aquí tienes también mi mantón de cuadros.

Trepó el soldado al árbol, se escurrió por el agu-

jero, y se halló, como le había dicho la vieja, en una gran galería alumbrada por multitud de lámparas.

Abrió la puerta de la primera sala. ¡Ah! el perro estaba sentado sobre la caja, y fijó en él sus espantosos ojos, grandes como platillos de café.

—¡Je, je! tú eres un buen sujeto—dijo el aventurero pasando su mano por el lomo del animal y agarrándole.

Le colocó sobre el mantón a cuadros, y tomó tantas perras grandes como cabían en sus bolsillos. Cerró la caja luego, colocó el perro otra vez sobre ella, y se dirigió a la segunda sala.

En efecto, el perro, que tenía los ojos mayores que ruedas de molino, estaba colocado sobre la caja que le estaba confiada.

—¿Sabes, chaval, que como me mires tan fijamente—dijo el soldado bromeando—, me vas hacer mal de ojo?

Y dicho esto, echó el perro sobre el mantón de la hechicera; mas al ver con admiración la grandísima cantidad de monedas de a duro que contenía la caja, arrojó con desprecio todas las de cobre que contenían sus bolsillos y los rellenoó de plata, así como también su gran morral.

Inmediatamente entró en la tercera sala. ¡Oh! era terrible penetrar en ella. El perro tenía, efectivamente, unos ojos tan grandes como la cúpula de la iglesia y se movían en sus órbitas como globos de fuego alrededor de un punto negro.

—Dios le guarde—dijo el licenciado, haciendo un saludo de ordenanza, porque en toda su vida habría podido imaginarse un perro tan colosal.

Le miró un rato con algún respetillo rascándose la cabeza. De repente exclamó:

—¿Quién dijo miedo?

Abrazó al can, le tendió sobre el mantón y abrió el tesoro. ¡Poderoso Dios! ¡Cuánto oro había en la caja! Seguramente que con él había de sobra para comprar la población más grande del mundo con todas las riquezas que pudiera contener.

El soldado se descargó de todas las monedas de plata con que había llenado su morral y sus bolsillos, reemplazándolas por otras tantas de oro. Con tanta codicia llenó sus bolsillos, su morral, su gorra y sus botas de campana, que con gran dificultad podía andar.

¡Qué felicidad! ¡Ya era rico! Volvió a poner el perro sobre la caja, cerró la estancia, y gritó por el agujero del árbol:

—¡Tira de la cuerda con fuerza, hechicera mía!

—¿Me traes el silbato?—preguntó ella.

—¡Qué demonio! Lo había olvidado completamente; y volvió a buscarle.

Hallado que le hubo, la vieja le izó, el soldado se vio de nuevo en la carretera y cargado de oro.

—¿Para qué te sirve este silbato?—preguntó el licenciado.

El silbato prodigioso

—Eso nada te importa a ti. Tú ya tienes tu dinero.
Dame el silbato.

—¡Hola! ¿Con misterios me vienes? Como no me digas en seguida qué vas a hacer con el pito, te corto la cabeza con mi charrasco.



La hechicera, tendida en el camino.

—Pues no lo sabrás—respondió la hechicera.

—¿Qué no?..... pues toma.

Y el soldado la cortó la cabeza, y dejando a la hechicera tendida en el camino, ató su dinero en el man-

tón, le cargó sobre sus espaldas, guardóse el silbato en un bolsillo y se encaminó hacia la ciudad.

Era una hermosa población. Se alojó en la mejor fonda; ocupó la más lujosa habitación, y pidió los manjares que más eran de su gusto. Para eso era tan rico.

Muy extraño le pareció al criado que debía dar lustre a las botas del improvisado caballero, que siendo éste, al parecer tan rico, usase unas botas tan astrósas y tan ridículas. El soldado aun no había tenido tiempo de comprarse otras; pero en la mañana siguiente las compró de todo lujo, y trajes los más elegantes y ricos. Y hete ya al pobre soldado convertido en gran señor. Se informó de todo lo más notable que había en la ciudad, y le hablaron del Rey y de la Princesa su hija, que era un portento de belleza.

—¿Cómo me las compondría yo para verla?—dijo el soldado contoneándose y atusándose el bigote.

—Eso no es posible—le contestaron—: vive en un soberbio castillo de bronce de soberanas torres, circuído de altas murallas, y nadie más que el Rey puede llegar hasta donde ella está, porque han predicho los astrólogos que un día se casará con un simple soldado raso, y el Rey su padre trata de este modo de oponerse a tan humillante predicción.

—Pues yo quisiera verla, y a pesar de todo, trataré de conseguirlo. ¿Pero cómo?—pensó el soldado.

Mientras se le presentaba la ocasión oportuna de intentar su propósito, hacía una vida de derroche;

iba a los teatros, ostentaba carruajes lujosísimos por los jardines reales, y socorría a manos llenas a los pobres, con lo cual se conquistaba generales simpatías.

Se veía rico, daba gusto a todos sus deseos, ostentaba magníficos trajes y tenía amigos que continuamente decían: «Es usted el más amable y perfecto caballero del mundo.» Estas lisonjas halagaban los oídos de nuestro licenciado. Pero como no hacía más que gastar dinero sin recibir más, un día se encontró con que ya no le quedaba más que dos perros chicos.

Tuvo que desalojar la habitación lujosa, y en su defecto ocupar un cuchitril bajo el tejado. Allí no tuvo más remedio que limpiarse él mismo la ropa, y dar de betún a las botas y componerlas con una lezna, y ya ninguno de sus amigos iba a visitarle. ¡Era tanta la escalera que habían de subir!

Una noche muy oscura hallábase en su guardilla el pobre muy contristado, porque no tenía con qué encender luz.

Hallábase muy aburrido; no sabía qué hacer, cuando en un bolsillo del pantalón encontró un objeto. Era el silbato.

—¿Por qué le tendría en tanta estima la hechicera?—se preguntó—. Probémosle a ver.....

Y dio un silbido. Se iluminó de pronto el cuchitril, se abrió la puerta, y por ella vio entrar al perro de los ojos tamaños como platillos de café, que se presentó diciendo:

—Gran señor, ¿qué ordenáis?

—¡Qué portento!—exclamó el licenciado—; he aquí un talismán prodigioso. ¿Tendré por él cuanto yo desee? Oye, tráeme dinero al momento.



Vio entrar al perro.

¡Zas! El animal echó a correr, y ¡zas! en un momento volvió sosteniendo con sus dientes un gran talego de cuartos.

El soldado sabía ya cuán poderoso talismán poseía.

El silbato prodigioso

Si pitaba una vez, el perro de los cuartos se presentaba. Si dos, el de la plata, y si tres el guardián del oro.

Volvió a ocupar su lujosa estancia, vistió riquísimos trajes, y sus amigos volvieron otra vez. ¡Cuánto le amaban!

Un día se dijo el soldado:

—Pero, señor, ¿y no podré ver a esa Princesa? Todos convienen en que es perfecta de hermosura; pero ¿de qué la sirve su belleza en una prisión de bronce? ¿No existirá medio para que yo la contemplase? Voy a probar.

Sopló el silbato, y ¡zas! en el instante se presentó el can número uno, el de los ojos como platillos de café.

—Hombre, sé que ya es muy tarde; dispénsame la molestia—dijo el soldado—; pero tengo tanto deseo de ver a la Princesa... aunque no sea más que un instante...

Echa a correr el perro, y en un santiamén ya está de vuelta con la Princesa. La traía sentada sobre el lomo, tan majestuosa, que al verla no daba lugar a duda: era una Princesa. El soldado, sencillote como él solo, no pudo contener su impulso, y la dio un abrazo. ¡Era un verdadero soldado!

Luego, el perro se marchó llevándose a la Princesa, la cual, a la mañana siguiente, estando desayunándose el Rey y la Reina, contó a éstos candorosamente un extravagante ensueño que había tenido la pa-

sada noche, de un perro y un soldado. Un perro extraordinario se le había presentado, y obedeciendo ella a una sugestión invencible, se había montado sobre el lomo del animal que la llevó a la presencia de un gallardo mozo, el cual, cuando la vio, la dio un abrazo.

—¡Oiga! ¡Pues es una historia graciosa!—dijo la Reina.

Pero a la siguiente noche ordenó que una de sus damas de mayor confianza velara cerca de la Princesa, para observar si su relato había sido un simple sueño.

En tanto, el enamorado galán, deseoso de volver a ver a la Princesa, mandó al perro que se la presentara, lo cual hizo éste rápidamente. Pero la dama de confianza, poniéndose un par de botas a prueba de velocidad, corrió tanto como el perro, y vio la casa donde se metió.

—No se me perderá la pista—se dijo.

Y con un cascote de yeso blanco trazó una cruz grande en la puerta. Diciendo así, se fue a acostar, y poco después regresó la Princesa montada sobre el perro. Éste, habiéndose apercebido de la cruz blanca de la puerta de su amo, comprendiendo lo que significaba, cogió otro yesote y con él hizo cruces en todas las puertas de la población; lo cual era un recurso muy ingenioso: ya no era fácil que la dama de honor reconociese la puerta que ella había señalado.

El silbato prodigioso

La siguiente mañana, muy tempranito, el Rey y la Reina, acompañados de toda la corte y de la dama de honor, salieron a ver a qué casa había ido la Princesa.



Puerta marcada con una cruz. *con una*

—Esta es la casa—dijo el Rey, viendo la primera puerta marcada con una cruz.

—No; es aquí—replicó la Reina, viendo la segunda puerta marcada de igual modo.

—¡Esta es! ¡Esta es!—decían los cortesanos viendo cruces en todas las puertas.

No tardaron en convencerse todos de que era imposible conocer así la casa. Pero la Reina, que era mujer de mucho talento, tuvo una idea: cortó con sus hermosas tijeras de oro un pedazo de seda, hizo con él un bolsillo muy lindo, le llenó de granos de trigo, e hizo en su fondo un agujerito para que el trigo se fuese cayendo poco a poco. Después ató el bolsillo a la espalda de la Princesa.

El perro volvió por la noche, cogió a la Princesa sobre su lomo y la llevó a casa del soldado, que la había tomado ya tanto cariño, que habría dado cualquier cosa por ser Príncipe para poderse casar con ella.

Sucedió lo que la Reina había presumido. Los granos de trigo fueron cayendo y formando reguero hasta la puerta de la casa del soldado sin que el perro lo notase. El Rey y la Reina siguieron el reguero, averiguaron dónde había estado su hija, y el soldado fue preso y metido en un oscuro calabozo.

¡Qué tristeza pasó el infeliz en su prisión! Estuvo muchas horas sin ver a nadie, y la primera visita que tuvo fue la del carcelero, que le anunció que a la mañana siguiente sería ahorcado. Para colmo de desgracias había dejado olvidado el silbato en la posada. Al día siguiente vio a través de los hierros de su reja que el pueblo corría por las calles, dirigiéndose al si-

El silbato prodigioso

tio en que estaba el cadalso. Todos corrían temiendo no llegar a tiempo para verle ahorcar, y un chico zapatero iba tan acelerado, que tropezó en una piedra y una de sus zapatillas fue a caer dentro de la reja



Se presentó a recogerla.

detrás de la cual estaba el soldado. En seguida se presentó a recogerla.

—No corras tanto, hombre—dijo el soldado—; hasta que yo no llegue no habrá novedad. Si quieres ir

corriendo a la posada en que he vivido y buscar un silbato que olvidé en ella, te daré una peseta. Pero tienes que ir a toda prisa.

No se encuentra a todas horas ocasión de ganar honradamente una peseta, y el muchacho zapatero no desperdició la coyuntura. Fue a la posada tan rápido como una flecha, preguntó por el silbato, se lo dieron y volvió a entregárselo al soldado, que le dio la peseta prometida y las gracias además.

Mientras tanto, se había levantado fuera de la ciudad el patíbulo, que estaba rodeado de tropas y de un gentío inmenso. El Rey y la Reina estaban sentados en un soberbio trono, y delante se hallaban todo el Consejo de Ministros y los jueces.

El soldado subió con paso firme la escalera del caldoso, y cuando ya le iban a poner la cuerda al cuello, pidió permiso para hablar. Se le concedieron, y entonces rogó al Rey que le permitiese por última vez tocar una canción en un silbato que llevaba.

Como es costumbre acceder al último deseo de los condenados a muerte, no tuvo el Rey inconveniente en complacer al soldado. En cuanto éste tocó el pito aparecieron de repente ante él los tres gigantes perros: el que tenía los ojos tan grandes como platillos de café, el que los tenía como ruedas de molino y el que los tenía como la cúpula de la iglesia.

— Socorredme a toda prisa, porque me van ahorcar—les dijo el soldado.

El silbato prodigioso

Entonces los perros, con la rapidez del relámpago, se lanzaron sobre los jueces y el Consejo; cogieron a unos por la cabeza, a otros por las piernas, y a otros



Salió la Princesa del castillo.

por los brazos, y los tiraron a tan gran altura, que cayeron hechos pedazos. El Rey y la Reina, asustados, echaron a correr tan de prisa, que todavía no han vuelto a parecer. Los perros colocaron al solda-

do en la carroza del Rey, mientras el pueblo le vitoreaba y los soldados le presentaban las armas.

Aquella misma tarde salió la Princesa del castillo de bronce; por la noche se casó con el soldado, y los dos reinaron muchos años y fueron felices. En cuanto a los perros, comieron siempre a cuerpo de Rey, y tuvieron toda la dicha de que pueden disfrutar los seres de su raza.

LA REINA DE LAS HORMIGAS

EN un remoto país vivía una joven muy hermosa, que se llamaba Victorina; tenía los cabellos rubios como el oro, los ojos de color de cielo, las mejillas sonrosadas como claveles, y sus labios parecían dos rubíes. Su talle era flexible como un junco. Todos los que conocían a esta niña admiraban su belleza y elogiaban su actividad para el trabajo. Cuando iba a la fuente con el cántaro a la cabeza, llevaba al mismo tiempo la rueca en la cintura, e hilaba por el camino para no perder el tiempo: sabía bordar y tejer admirablemente; sus camisas eran las más bonitas de todo el pueblo, y las bordaba de negro y encarnado, con un ancho lazo en el hombro. Su falda y sus medias del domingo las adornaba con flores de tela de preciosos colores, y no podía tener quietas sus pequeñas manos, siempre en constante actividad. En los campos y praderas trabajaba con el mismo afán que en casa, y llamaba la atención de todos los mozos, que la admiraban y decían que andando el tiempo la bella Victorina sería una excelente ama de casa.

Ella no les hacía caso, ni quería que la hablasen nunca de matrimonio, pues no tenía tiempo para pensar en ello, y se ocupaba solamente en cuidar a su madre. Al escuchar esto, la madre se entristecía pensando



Hilaba por el camino.

que la sería muy útil el apoyo de un buen, yerno; pero la joven que no pensaba en casarse, preguntaba a su madre si tenía alguna queja de su trabajo, para desear de aquel modo tener un hombre en la casa.

—Un hombre—continuaba diciendo—, nos daría mucho que hacer; sería preciso también hacer la ropa para él, hilar y bordar sus camisas, y nosotras tenemos bastante con el trabajo del campo y con atender a nosotras mismas.

Al oír esto la madre suspiraba, acordándose de su hijo muerto, para el cual había hecho camisas tan bonitas y tan blancas, que lavaba ella misma, siendo la admiración de todas las muchachas que las veían; y esto no le había causado fatiga alguna, pues las madres no se cansan nunca de lo que hacen por sus hijos.

Victorina llegó a conocer bien pronto la razón que tenía su madre para desear un yerno: la excelente anciana había previsto que no viviría mucho tiempo; empezó a poco a enfermar, y no bastó todo el amor de su hija para curarla. La infeliz joven tuvo que cerrar aquellos adorados ojos, y quedó sola en su pequeña casa: sus manos quedaron por primera vez inactivas sobre sus rodillas. ¿Para quién iba a trabajar? Ya no tenía a nadie en el mundo.

Estaba un día sentada en el dintel de su puerta, con la mirada triste y distraída, cuando vio dirigirse hacia ella una cosa larga y negra que se movía en la tierra: eran innumerables filas de hormigas que avanzaban lentamente: no era posible descubrir de dónde venían, porque la banda se prolongaba indefinidamente formando extensas ondulaciones. Al fin hicie-

ron alto, y formaron un gran círculo alrededor de Victorina. Algunas entre ellas se adelantaron diciendo:

—Victorina, nosotras te conocemos mucho; hemos admirado mil y mil veces tu actividad, que igua-



Innumerables filas de hormigas.

la a la nuestra, siendo muy raro encontrar este amor al trabajo en la raza humana. Sabemos que estás sola en el mundo, y hemos venido a proponerte que vengas con nosotras a ser nuestra Reina; te construi-

La reina de las hormigas

remos un palacio más hermoso y más grande que la mejor casa que tú hayas podido ver; pero es preciso que nos prometas no volver nunca entre los hombres, y que te quedes toda tu vida con nosotras.

—Iré con mucho gusto a vivir en vuestra casa— dijo Victorina—, pues nada me detiene aquí, sino la tumba de mi madre. Os ruego, pues, que me dejéis visitarla, para llevar flores y rogar a Dios por el alma de la pobre muerta.

—Visitarás cuando quieras la tumba de tu madre, pero no has de hablar a ningún hombre, y has de volverte en seguida; de otro modo te consideraríamos infiel, y nuestra venganza sería terrible.

Victorina se fue con las hormigas muy lejos, hasta que hallaron un sitio a propósito para construir el palacio. Entonces comprendió la joven que las hormigas eran más hábiles que ella, pues jamás la hubiera sido posible construir en tan poco tiempo un edificio tan grandioso. Formaron galerías espaciosas que conducían a grandes salones llenos de plantas, que se sacaban fuera al sol, y volvían a meter en la casa cuando empezaba a llover. Las habitaciones estaban adornadas con hojas de rosas y claveles, clavados en las paredes con agujas de madera. Victorina aprendió allí a tejer telas de araña, con las que hacía alfombras y toldos. El palacio era muy elevado, y las habitaciones destinadas a Victorina tan admirablemente bellas, que nunca hubiera podido soñar con

cosa semejante; desembocaban en ellas muchos corredores, de manera que podía tener noticias de todas partes con gran prontitud: el suelo era de colores, y estaba cubierto de hojas de amapolas, a fin de que los pies de la Reina pisaran tan sólo sobre alfombra de púrpura. Las puertas estaban formadas con hojas de rosa, cercadas con tela de araña, de modo que al abrirse o cerrarse no hicieran ruido; el piso de las otras habitaciones era de siemprevivas, formando una espesa y blanda alfombra, en la cual se hundían los rosados pies de Victorina, que no tenía necesidad de calzado, que hubiera hollado las flores. Las paredes, artísticamente entrelazadas de claveles, myosotis y otras florecillas blancas que se renovaban sin cesar, para que conservasen la suavidad de su perfume y su grata frescura. El techo era de hojas de lirio extendidas, y la cama, que había sido construída por las activas hormigas en un mes de trabajo, estaba hecha con tallos de flores y con todo lo más suave y fino que pudieron encontrar, cubriéndola con una de las telas tejidas por Victorina. Cuando la joven dormía extendida en ella, estaba tan encantadora, que las estrellas habrían sonreído si la hubieran visto; pero las hormigas habían escondido las habitaciones en el interior, y velaban con el cuidado más escrupuloso por su amada Reina, a la que ellas mismas contemplaban con éxtasis cuando dormía.

Habría sido difícil organizar más agradablemente

la vida en el hormiguero, pues todas en general y cada una en particular se ocupaban en complacer a la Reina, cuyas órdenes eran ejecutadas con la rapidez del viento. Victorina no mandaba nunca demasiadas cosas a la vez, todas sus órdenes eran muy razonables, y las daba más bien como un consejo o una opinión, con voz dulce, y recompensando a sus amigas con una mirada cariñosa. Las hormigas decían a menudo que tenían el sol en su casa, y ensalzaban su felicidad.

Las hormigas habían construído para Victorina una plataforma especial, sobre la cual podía tomar el sol y gozar del aire libre cuando se fastidiaba en su aposento; desde allí podía contemplar la altura del edificio, que parecía una montaña, y el extenso horizonte que dominaba.

La joven estaba un día sentada en su aposento, ocupándose en bordar, con seda y felpillas que las hormigas le habían llevado, un vestido con adornos de alas de mariposas, revestidas de un barniz delicadísimo para que no volase su polvillo de oro y plata: sólo sus dedos delicados podían hacer un trabajo semejante; de repente se oyó un ruido alrededor de la montaña, resonaron grandes voces, y en un instante, despertándose todo el pequeño reino, corrieron las hormigas y muy agitadas se presentaron a su Reina, diciéndole:

—¡Unos hombres perversos están destruyendo nuestra casa! ¡Dos o tres galerías están ya hundidas, y amenazada la más próxima! ¿Qué debemos hacer?

—Estaos quietas—dijo Victorina con calma—; voy a mandarles que cesen en su obra destructora, y en dos o tres días se podrá reconstruir lo que han derribado. Diciendo esto, se lanzó a través del laberinto de



Al ver a Victorina se detuvieron.

corredores, apareciendo en la plataforma: entonces vio a un arrogante doncel que acababa de apearse de un brioso caballo, y se ocupaba con algunos compañeros en revolver el hormiguero con sus espadas y

sus lanzas. Al ver a Victorina se detuvieron; el gallardo joven, deslumbrado, puso su mano encima de los ojos para contemplar la brillante hermosura que se le aparecía con tan vaporoso traje; la cabellera de oro de Victorina flotaba sobre su espalda hasta la punta de los pies; un dulce rubor cubría su rostro, y sus ojos brillaban como estrellas; los inclinó un instante bajo la ardiente mirada del mancebo; pero enseguida volvió a levantar los párpados, abrió sus labios de rosa, y dijo con voz vibrante:

—¿Quién sois, que así venís con mano criminal a destruir mi reino?

—¡Perdón, joven encantadora!—exclamó el joven caballero—. Soy hijo de rey, pero quiero ser desde luego tu más fiel defensor y súbdito. ¿Cómo podía yo presumir que una diosa, una hada gobernase un reino de insectos?

—Te doy gracias por tu oferta—contestó la joven—; pero yo no tengo necesidad de otros servicios que los de mis fieles súbditos, y sólo deseo una cosa, y es que ningún pie humano venga a profanar mi reino.

Dichas estas palabras desapareció como si la montaña la hubiera tragado, y los de fuera no pudieron ver a todas sus bandadas de hormigas besarla los pies y conducirla en triunfo a su aposento, donde volvió tranquilamente a emprender su trabajo como si nada hubiera sucedido.

El Príncipe quedó en pie delante de la montaña,

sumergido en profundas reflexiones, y durante algunas horas no pudo decidirse a montar a caballo, esperando siempre que la encantadora Reina volviese a aparecer. Deseaba volverla a ver, aunque le dirigiese miradas iracundas y palabras de cólera; pero sólo se presentaron hormigas y más hormigas, en bandadas innumerables, que se apresuraban a reparar con loco ardor los daños que había causado en su juvenil aturdimiento. Tentaciones tuvo de aplastarlas a todas, pues cuando les preguntaba por su Reina no le contestaban, aparentando no comprenderle. Se multiplicaban a sus pies, y corrían con arrogancia, como sintiéndose en completa seguridad; y por fin el joven Príncipe hubo de montar a caballo, triste y pensando en la manera de conquistar a aquella hermosa niña, la más bella que había visto en toda su vida. Hasta el anochecer estuvo recorriendo la floresta con gran disgusto de sus compañeros, que enviaban al diablo la montaña de hormigas, causa inocente de que retrasaran su comida, que les esperaba hacía tiempo.

Victorina se había entregado al descanso más tarde que las hormigas, pues tenía la costumbre de velar a sus ninfas, de tocar sus pequeños lechos para saber si estaban bien cuidadas, para lo cual levantaba una por una las cortinas de flores, con una lámpara en la punta del dedo, y pasaba revista con la mayor solicitud a sus pequeñas hormiguitas: después

volvía a su aposento, apagaba las lámparas que durante dos horas la habían alumbrado en este trabajo, y dejaba sólo un gusano de luz mientras se desnudaba.

Por lo general, no tardaba en caer en un profundo sueño; pero este día estaba inquieta y agitada; se arrollaba los cabellos alrededor de sus dedos, levantándose a medias y volviéndose a acostar, como si la molestase el calor: hasta entonces no se había apercebido de que faltaba el aire en su reino, y habría querido salir fuera; pero temía que la oyesen y su mal ejemplo fuera imitado o censurada su conducta; ella, obligada por las hormigas, había prohibido salir, y aun condenó a muerte a las que faltasen a este decreto marchándose fuera del palacio. La joven no había sentido hasta entonces los inconvenientes de esta ley, que hizo ejecutar de una manera inexorable; así no pudo atreverse a quebrantarla por sí misma.

Al rayar el alba se levantó antes que nadie; las hormigas la sorprendieron reconstruyendo ella sola una de las galerías, y observaron, no sin alarma, que durante su trabajo había dirigido algunas miradas a la floresta, escuchando con ansiedad el más pequeño ruido.

En cuanto volvió a su aposento, algunas hormigas corrieron con gran angustia a decirla que el hombre del día anterior estaba allí otra vez a caballo, dando la vuelta a la montaña.

—Dejadle tranquilo—dijo Victorina con su perfecta calma de Reina—: ya no nos hará ningún daño.

Pero el corazón le latía tan fuertemente a la hermosa joven, que tuvo que tomar aliento. Sentíase agitada y llena de extraña curiosidad; iba y venía por las salas y las galerías, y con el pretexto de que las hormiguitas recién nacidas no estaban bien al sol, las sacaba ella misma fuera, para volverlas a entrar dentro en seguida, contradiciéndose frecuentemente en sus órdenes. Las hormigas no sabían lo que les pasaba; se apresuraban por ejecutar sus mandatos lo mejor posible, y quisieron sorprenderla agradablemente enseñándola una bóveda nueva magnífica, la que contempló con distracción y alabó apenas. A menudo resonaban pisadas de caballo alrededor de la montaña, a diferentes horas y durante bastantes días; pero la Reina no se mostró sorprendida; estaba acometida de un deseo que nunca hasta entonces había sentido: el de volver a verse entre las criaturas humanas; pensaba en su pueblo, en el baile de los domingos, en su cabaña, en su madre y en la tumba de aquella querida muerta, que no había aun visitado. Al cabo de algunos días anunció a sus vasallos que pensaba visitar la tumba de su madre; las hormigas se espantaron de este proyecto, y la preguntaron si no estaba contenta con ellas, puesto que se acordaba de su país.

—Nada temáis—dijo Victorina—; sólo quiero salir por algunas horas para cumplir este deber sagrado, y volveré antes de la noche con vosotras.

Prohibió que la acompañasen; pero sin que pudiera

La reina de las hormigas

advertirlo, algunas hormigas le siguieron de lejos. Debía haber transcurrido mucho tiempo desde que estaba alejada de su país, porque todo le pareció muy cambiado; y calculando cuánto tiempo podrían las hor-



Hablándola de su amor.

migas haber empleado en construir la montaña que habitaba, sacó en consecuencia que debían haber pasado muchos años.

No era fácil encontrar la tumba de su madre, que

nabía ocultado el follaje, y esto produjo tanta pena a Victorina, que llorando empezó a recorrer el cementerio, que encontró desconocido.

Acercábase la noche, y Victorina estaba todavía buscando la tumba, que no podía encontrar: de repente resonó detrás de ella la voz del Príncipe; quiso huír, pero él la retuvo hablándola de su amor en términos tan dulces y tan conmovedores, que la joven quedó inmóvil, con la cabeza inclinada y escuchándole. La parecía muy grato oír hablar a un hombre y escuchar de sus labios frases tan tiernas y cariñosas. La joven no podía hacerse superior al sentimiento que la embargaba; pero cuando la obscuridad de la noche se extendió por el cementerio, recordó que era una Reina olvidada de sus deberes y que las hormigas la habían prohibido comunicarse con los hombres. Entonces echó a correr huyendo del joven Príncipe; pero él la siguió dirigiéndola cariñosas palabras, hasta llegar cerca de la montaña. Entonces ella le suplicó que la dejase, y él consintió, después que le hubo prometido salir al otro día. Victorina se deslizó sin ruido por las galerías, mirando con ansiedad detrás de ella, pues creía oír a su alrededor pisadas rápidas y cuchicheos: eran, sin duda, los latidos inquietos de su corazón, pues al detenerse todo quedaba en silencio. Al fin llegó a su habitación y cayó rendida en su lecho; pero el sueño no descendió a sus párpados: pensaba que había faltado a su promesa y que nadie podría

fiarse ya en ella, cuya palabra debía ser sagrada. Se agitaba inquieta, herida en su orgullo al pensar que tenía que apelar al fingimiento, y, sin embargo, conocía a las hormigas, y sabía que era inquebrantable su firmeza, y sus castigos inexorables: a menudo se incorporaba, pues creía oír las pisadas rápidas de millones de piececitos, como si todas las hormigas de la montaña hubieran estado despiertas. Al amanecer levantó una cortina de rosas para respirar el aire libre, y se quedó asombrada al ver la salida enteramente cerrada con alfileres de madera. Intentó quitar uno, dos y tres, y hasta una fila, pero en vano; encontraba otras detrás, y todas las cortinas estaban herméticamente clavadas hasta en lo más alto. Entonces se puso a llamar en alta voz, y por pequeñas aberturas invisibles las hormigas se asomaban a bandadas.

—¿Qué es lo que habéis hecho? Yo quiero salir— dijo la joven severamente.

—No—respondieron las hormigas—, no te dejaremos salir, porque te perderíamos para siempre.

—¿No me obedecéis ya?

—¡Oh! sí, te obedecemos en todo, menos en eso. Aplástanos para castigarnos; estamos dispuestas a morir por el bien de nuestra comunidad y el honor de nuestra Reina.

Entonces Victoria bajó la cabeza y las lágrimas brotaron de sus ojos, y pidió a las hormigas la devolvieran la libertad, pero repente y sin ruido des-

aparecieron dejándola sola en el sombrío espacio. La infeliz joven gimió y lloró, arrancándose sus hermosos cabellos: después se puso a abrir un camino con sus dedos delicados, pero conforme iba abriéndolo se iba



La llevaron las flores más hermosas.

cerrando, de manera que al fin se arrojó por tierra desesperada. Las hormigas acudieron solícitas a su lado y la llevaron las flores más hermosas, néctar, gotas de rocío para apagar esa sed, pero no hicieron

La reina de las hormigas

caso de sus quejas; al contrario, temiendo que los gemidos de su Reina se oyesen desde fuera, las hormigas continuaron subiendo sus muros a tal altura que formaron una elevadísima montaña.

Mucho tiempo después, el Príncipe, desesperado al ver que no salía la Reina, dejó de pasear por los alrededores de la montaña; pero en la noche silenciosa oía aún llorar a la pobre Victorina, que al fin, y cuando ya sus cabellos dorados se habían vuelto de plata por el peso de los años y por los sufrimientos, murió llorando la pérdida de su libertad, que nunca debe venderse, porque no hay precio bastante elevado para comprarla; ni la fortuna, ni el cetro.

EL FIEL JUAN

HABÍA una vez un Rey muy anciano, que enfermó gravemente. Conociendo que iba a morir, hizo llamar al fiel Juan, que era al que más quería de sus criados, y le llamaba así porque había sido fiel a su amo toda su vida.

Al acercarse al lecho del Rey, le dijo éste:

—Mi fiel Juan, conozco que se acerca mi fin: sólo me da que pensar la suerte de mi hijo, que es aún muy joven, y no moriré tranquilo si no me prometes velar por él, enseñarle todo lo que debe saber, y ser para él un segundo padre.

—Os prometo, señor—respondió Juan—, no abandonarle, y servirle fielmente, aunque me cueste la vida.

—Entonces—dijo el Rey—, muero tranquilo. Después de mi muerte le enseñarás todo el castillo, todos los aposentos, las salas, los subterráneos con los tesoros allí encerrados; pero no le dejes entrar en la última cámara de la galería grande, donde está oculto el retrato de la Princesa del Techo de Oro, porque si la ve, se enamorará perdidamente de ella, hasta exponerse

El fiel Juan

a los mayores peligros. Procura librarle de este riesgo, y cuenta con mi bendición.

El fiel Juan repitió su promesa, y tranquilo el anciano Rey, inclinó su cabeza en la almohada y se murió.



Al acercarse al lecho del Rey.

Cuando enterraron al anciano, Juan refirió al joven Rey lo que había prometido a su padre a la hora de la muerte.

—Estoy dispuesto a cumplirlo— añadió—, y te seré

fiel como lo he sido a tu padre, aunque me cueste la vida.

Pasó el tiempo del luto, y dijo Juan al Rey:

—Ya puedes conocer tu herencia. Voy a enseñarte el castillo de tu padre.

Le llevó por todo él, recorriendo las grandes habitaciones, y le enseñó las grandes riquezas que llenaban los magníficos aposentos, menos el cuarto en que estaba el peligroso retrato. Había sido éste colocado de tal modo, que al abrirse la puerta se le veía en seguida: estaba tan admirablemente hecho, que parecía vivir y respirar, y nada en el mundo era tan hermoso ni tan lindo. El joven Rey notó que el fiel Juan pasaba siempre delante de esta puerta sin abrirla, y le dijo:

—¿Por qué no la abres?

—Es—respondió el otro—, porque hay en el cuarto una cosa que no debes ver.

—Ya he visto todo el palacio—dijo el Rey—; quiero saber lo que hay aquí.

Y quería abrir por fuerza.

El fiel Juan le detuvo, diciéndole:

—He prometido a tu padre, a la hora de la muerte, no dejarte entrar en este cuarto, porque podía traernos a ti y a mí grandes desgracias.

—La mayor desgracia que puede ocurrirme—replicó el Rey—, es que mi curiosidad no quede satisfecha. No descansaré hasta que mis ojos lo hayan visto todo. No me muevo de aquí hasta que abras.

El fiel Juan, viendo que no había medio de negarse, lleno de tristeza el corazón y suspirando mucho, buscó la llave entre las demás.

Al abrir la puerta, entró el primero, procurando tapar el retrato con su cuerpo; pero en vano: el Rey, levantándose de puntillas, le vio por encima de sus hombros. Al ver aquella imagen de una joven tan hermosa y deslumbrante de oro y de pedrerías, cayó desmayado en el suelo.

Levantóle el fiel Juan y le llevó a su cama, pensando angustiado:

—¡El mal está hecho! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

Luego le hizo tomar un cordial, y volvió en sí.

La primera palabra del Rey al incorporarse fue preguntar de quién era aquel hermoso retrato.

—El de la Princesa del Techo de Oro—, contestó el fiel Juan.

—Mi amor a ella es tan grande—dijo el Rey—, que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no bastarían a declararlo. Daría por poseerla mi vida. Tú me ayudarás, mi fiel criado.

El fiel Juan reflexionó por largo tiempo qué partido debía tomar, pues era difícil el presentarse delante de los ojos de la Princesa. Por último, discurreó un medio, y dijo al Rey:

—Todo lo que rodea a la Princesa es de oro; sillas, tazas, copas y muebles de todas clases. Tienes

doscientas arrobas de oro en tu tesoro; manda a los plateros que hagan vasos y alhajas de oro de todas hechuras; pájaros, fieras, monstruos de mil formas;



Cayó desmayado en el suelo.

en fin, todo lo que debe agradar a la Princesa. Iremos con estas joyas a probar fortuna.

El Rey mandó venir a todos los plateros, y trabajaron noche y día hasta que hicieron las más hermosas joyas que cabe imaginar. Entonces cargaron un navío.

El fiel Juan

El fiel Juan se disfrazó de comerciante, y el Rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle.

Después se dieron a la vela, y navegaron hasta la ciudad donde vivía la Princesa del Techo de Oro.

El fiel Juan saltó a tierra solo, y dejó al Rey en el navío.

—Quizás—le dijo—, traeré conmigo a la Princesa; procurad, señor, que todo esté en orden, que se hallen a la vista dos vasos de oro y que el navío esté adornado regiamente.

En seguida llevó consigo muchas alhajas de oro hábilmente escogidas, y se fue derecho al palacio del Rey.

En cuanto entró, vio en el patio a una hermosa joven que sacaba agua de un pozo con dos cubos de oro.

Cuando se volvía para marcharse, distinguió al extranjero, y le preguntó quién era.

—Soy comerciante—le respondió.

Y la enseñó sus mercancías.

—¡Qué cosas tan bonitas traes! —exclamó ella.

Y poniendo sus cubos en el suelo se puso a mirar todas las joyas una tras otra.

—Es preciso—dijo—, que vea todo esto la Princesa, y te lo comprará, porque le gustan mucho las joyas de oro.

Y cogiéndole por la mano le hizo subir al palacio porque era doncella de la Princesa.

Gustaron a ésta tanto los diamantes, que dijo a Juan: —Está tan bien trabajado, que lo compro todo sin reparar el precio.

Pero el fiel Juan respondió:

—Yo no soy más que el criado de un comerciante muy rico; lo que veis aquí no es nada en comparación de lo que mi amo tiene en el navío; en él veréis las más preciosas y hermosas obras de oro que pueden imaginarse.

La Princesa quería que se las trajesen; pero Juan le dijo:

—Necesitaría mucho tiempo, porque son tantas, que vuestro palacio no sería suficiente a contenerlas.

Aumentóse más con esto su curiosidad, y exclamó por último:

—Pues bien, conducidme a ese navío; quiero yo misma ver los tesoros de tu amo, pues deben ser maravillosos si corresponden a lo que he visto.

El fiel Juan la acompañó muy alegre al navío, y al verla el Rey le pareció más hermosa todavía que su retrato; el corazón le saltaba de alegría: cuando subió a bordo la ofreció el Rey la mano; durante este tiempo el fiel Juan, que se había quedado detrás, mandó al capitán llevar el ancla y largarse a toda vela.

El Rey la enseñó una a una todas las piezas de oro, platos, copas, pájaros, fieras y monstruos.

Mientras estaba viéndolo no conoció que el navío estaba navegando.

El fiel Juan

Cuando hubo concluído, dio gracias al comerciante y quiso volver a su palacio; pero al llegar al puente vio que estaba en alta mar y que el navío navegaba a toda vela.



La ofreció el Rey la mano.

—¡Oh, qué infamia! ¡Me han engañado! —exclamó llena de amargura— ¡Me han robado! ¡Estar en poder de un comerciante! ¡Mejor quisiera morir!

Pero el Rey, cogiéndola de la mano, la dijo:

—Yo no soy comerciante, sino Rey, y de tan ilustre estirpe y tanto poder como la tuya. Si te he robado con astucia, no lo atribuyas sino a la violencia de mi amor. Es tan grande, que cuando vi tu retrato por primera vez caí sin conocimiento al suelo.

Estas palabras consolaron a la Princesa; se conmovió tanto su corazón, que consintió en ser su mujer.

Mientras estaban en alta mar, el fiel Juan, hallándose en la popa del navío, distinguió en el aire tres cuervos.

Escuchó lo que decían entre sí, pues comprendía su lenguaje.

Un cuervo decía:

—¿Conque se lleva ya el joven Rey a la Princesa del Techo de Oro?

—Sí—respondió el segundo—; pero no es suya todavía.

—Sí—dijo el tercero—; si está sentada a su lado.

—¿Qué importa?—repuso el primero—; cuando lleguen a tierra saldrá al encuentro del Rey un caballo alazán, querrá montarle, y si lo hace, el caballo se lanzará a los aires con él y no volverá a verlo más la Princesa.

—¿Pero se puede evitar eso?—dijo el segundo.

—Sí—contestó el primero—; si otra persona lo monta antes, y cogiendo una de las pistolas que lleva en la silla, lo deja muerto en el acto. Así se libraré el Rey. Pero ¿quién puede saber esto? El que lo sepa y lo diga

será convertido en piedra desde los pies hasta las rodillas.

El segundo dijo a su vez:

—Yo sé algo más todavía; aunque maten el caballo, no por eso el joven Rey poseerá a la novia. Cuando lleguen juntos a palacio, encontrará el Rey en una bandeja una magnífica camisa de boda, que parecerá tejida de oro y plata, pero que no es más que pez y azufre; si el Rey se la pone, se quemará hasta la médula de los huesos, y morirá entre tormentos horribles.

—¿No hay ningún recurso para evitar que así suceda?—dijo el tercero.

—Sólo uno—respondió el segundo—. Si una persona con guantes coge la camisa y la echa al fuego. Quemada la camisa, se salvará el Rey. Pero ¿de qué sirve esto, si el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

El tercero añadió:

—Yo sé algo más todavía: aunque quemén la camisa, no poseerá el Rey a su novia. Si hay baile en la boda y baila en él la Reina, palidecerá de repente y caerá muerta, si no hay alguien que la levante, la pinche en el hombro izquierdo y la chupe tres gotas de sangre y las escupa en seguida. Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de esta conversación echaron a volar los

cuervos, y el fiel Juan, que los había oído, comenzó a ponerse triste y silencioso: Callar, era exponer al Rey a una desgracia, y hablar, era buscar su propia perdición. Al fin se dijo:



Sacó la pistola de la silla y mató al caballo.

—Salvaré a mi señor aunque me cueste la vida.
Así se lo prometí a su padre, y así lo haré.

Al desembarcar sucedió todo lo que habían dicho los cuervos. Llegó al Rey un hermoso caballo alazán.

El fiel Juan

—Voy a montar en él—dijo—, para ir a palacio.

Iba a montarlo, pero el fiel Juan saltó encima, sacó la pistola de la silla y mató el caballo.

Los otros criados del Rey, que tenían envidia al fiel Juan, dijeron que era preciso ser loco para matar un animal tan hermoso y que iba a montar el Rey. Pero el Rey les dijo:

—Callad y dejadle: su lealtad es a toda prueba, y habrá tenido sus razones para hacerlo así.

Llegaron a palacio, y en la primera sala hallaron colocada en un azafate la camisa de boda, que parecía ser de oro y plata.

Iba el Príncipe a tomarla, pero el fiel Juan le apartó a un lado, la cogió con guantes y la arrojó al fuego, que la consumió en el mismo instante. Los demás criados se pusieron a murmurar:

—¡Qué atrevimiento!—dijeron—. Ha quemado la camisa de boda del Rey.

Pero el joven Rey dijo:

—Sin duda tendrá sus razones para hacerlo: dejadle, pues su lealtad es a toda prueba.

Se celebraron las bodas, empezó el baile y la novia comenzó a bailar. Desde aquel momento el fiel Juan no la perdió de vista. De repente palideció la hermosa joven y cayó como muerta en el suelo. Arroja sobre ella en seguida, la levantó y la llevó a su cuarto; y allí, pinchándola en el hombro izquierdo, se inclinó sobre ella y la chupó tres gotas de sangre, que escu-

pió en seguida. En el mismo instante volvió a respirar y recobró el conocimiento; pero el joven Rey, que lo había visto todo y que no comprendía la conducta de Juan, acabó por incomodarse y le mandó prender.

Al día siguiente fue condenado y llevado a la horca.

Estando subido ya en la escalera, dijo así:

—Todo el que va a morir puede hablar antes de su fin. ¿Se me da permiso para ello?

—Sí—dijo el Rey.

Entonces refirió lo que había oído en el mar, la conversación de los cuervos, y cómo todo lo que había hecho era necesario para salvar a su amo.

—¡Oh, mi fiel Juan!—exclamó el Rey—. Te perdono, bajadle.

Pero a la última palabra que había pronunciado el fiel Juan, cayó sin vida, convertido en piedra.

La Reina y el Rey sintieron mucho esta desgracia.

—¡Ay!—decía el Rey—; tanta abnegación ha sido muy mal premiada por mí. ¡Cuán culpable he sido!

Hizo llevar la estatua de piedra a su alcoba cerca de su lecho, y siempre que la veía lloraba y decía:

—¡Ah, mi fiel Juan, quién pudiera volverte la vida!

Pasó algún tiempo, y la Reina dio a luz dos hermosos varones, que crecieron y fueron la alegría de sus padres.

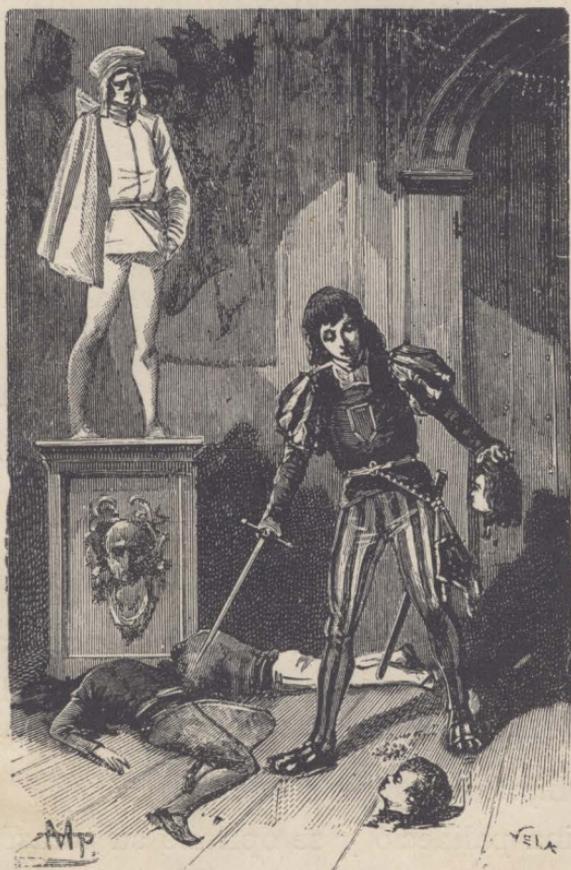
Un día que la Reina estaba en la iglesia y los dos niños jugaban con su padre, los ojos de éste se dirigieron a la estatua, y no pudo dejar de repetir todavía suspirando:

El fiel Juan

—¡Ay, mi fiel Juan, ojalá pudiera volverte la vida!
Pero la estatua, tomando la palabra, le dijo.

—Puedes si quieres, sacrificando lo que más amas.

—Todo cuanto tengo en el mundo—exclamó el Rey,



Cortó las cabezas de sus hijos.

lo sacrificaré por ti, a quien debo mi felicidad y mi vida.

—Pues bien—dijo la estatua—; para que recobre la vida tienes que degollar a tus dos hijos y frotarme de arriba abajo con su sangre.

El Rey se asustó al oirlo; pero pensando en la abnegación de este fiel criado, que había dado su vida por él, sacó su espada, y con su propia mano cortó las cabezas de sus hijos y frotó la estatua con su sangre. La estatua se reanimó, y el fiel Juan se presentó vivo y sano, y dijo al Rey:

—Tu fidelidad no quedará sin recompensa.

Tomó las cabezas de los niños, las frotó con su sangre, y en el mismo momento volvieron a la vida y se pusieron a saltar y a jugar como si no hubiera sucedido nada: sólo conservaban una señalita roja alrededor del cuello.

El Rey entonces se llenó de alegría. Y cuando vio llegar a la Reina, ocultó a Juan y a sus hijos en un armario grande. En cuanto entró la dijo:

—¿Has rezado en la iglesia?

—Sí—le contestó—, y he pensado constantemente en el fiel Juan, tan desgraciado por nuestra causa.

—Querida esposa—la dijo—: podemos volverle la vida, pero para ello tendremos que sacrificar la de nuestros hijos.

La Reina palideció y se oprimió su corazón; pero dijo:

—Horrible es ese sacrificio, pero se le debemos a causa de su fidelidad.

El Rey, contento de ver que su esposa había pensado como él, abrió el armario y sacó al fiel Juan y a los niños, diciendo:

El fiel Juan

— Gracias a Dios, le hemos salvado y tenemos nuestros hijos.

Y contó a la Reina lo que había pasado, y vivieron todos felices hasta el término de sus días.

LAS RANAS MÁGICAS

I.

HABÍA en un pueblo una niña pequeña, a la que su madre solía dar todas las tardes un plato de leche con pan, y la niña se sentaba a comerlo en el patio. Y cuando empezaba a comer, salía una rana de una rendija del muro, y metía su cabecita en la leche. A la niña la divertía mucho, y cuando estaba sentada con su platito, y la rana tardaba en venir, decía:

—Ranita chiquita, ven pronto y te daré tu poquito de leche y un pedacito de pan.

Entonces la rana venía corriendo y comía lo que la daban. Se mostraba muy agradecida, porque llevaba a la niña de su tesoro secreto muchas cosas bonitas, piedras relucientes, perlas y granos de oro. Y la rana no tomaba más que la leche; el pan lo dejaba.

Un día cogió la niña su cucharita, y dándola a la rana suavemente en la cabeza, dijo:

—Toma también pan.

La madre que estaba en la cocina, oyó que la niña estaba hablando con alguien, y cuando vio que con

El fiel Juan

su cuchara estaba dando de comer a una rana, salió corriendo con un leño y mató al pobre animalito.

Desde entonces se notó un cambio en la niña. Mientras la rana había comido con ella, había crecido y



Cogió la niña su cucharita.

estaba robusta; pero ahora palidicieron sus hermosas mejillas sonrosadas, y se puso muy delgada. Y poco después comenzó el jilguero a recoger ramitas y hojas, y la niña murió.

II.

Otra niña estaba sentada al pie del muro de la ciudad hilando, y vio una rana salir de una abertura. Inmediatamente extendió su pañuelo de seda azul, color que gusta mucho a las ranas. En cuanto la rana lo vio, se marchó y volvió con una coronita de oro, la puso en el pañuelo y se marchó otra vez. La joven cogió la corona, que brillaba, y era de oro finísimo.

Al poco tiempo volvió la rana por segunda vez; pero como ya no veía la corona, afligida se golpeó con todas sus fuerzas la cabeza contra la pared, hasta que se murió.

Si la niña hubiera dejado la corona en su sitio, de seguro la rana le hubiera traído más joyas de su cueva.

LAS AGUDEZAS DE JUAN

JUAN, después de haber servido siete años a su amo, que era muy rico y generoso, le dijo:

— Señor, ha terminado el tiempo de nuestro contrato, y quisiera volverme con mi madre: deme usted el salario de estos siete años.

El amo le dijo:

— Me has servido con lealtad y honradez; tu recompensa será proporcionada a tus servicios.

Y le dio un pedazo de oro tan grande que pesaba cerca de tres arrobas.

Juan sacó el pañuelo de su bolsillo, envolvió el pedazo, y colocándolo sobre los hombros, se puso en camino para su casa.

Mientras caminaba así, siempre un pie tras otro, vio un hombre a caballo, que lo llevaba al trote.

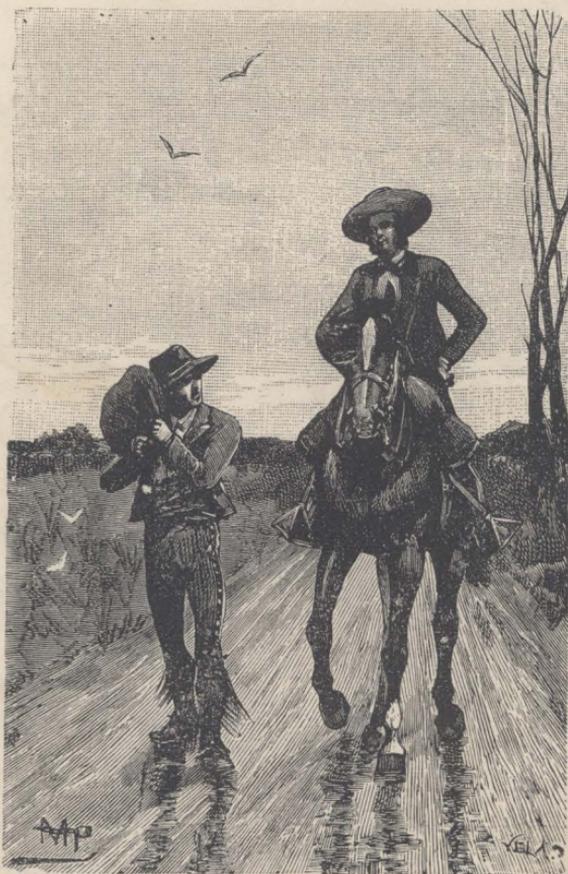
— ¡Ay!—dijo Juan en alta voz—. ¡Qué cosa tan buena es ir a caballo! Va uno mejor que sentado en una silla, no tropieza en las piedras, ahorra los zapatos y adelanta sin saber cómo y sin cansarse.

El jinete, que le había oído, se paró y dijo:

Cuentos de Calleja

—¿Y por qué vas a pie, grandísimo tonto?

—No tengo más remedio, porque llevo a casa esta carga; es oro, pero pesa tanto, que me abruma las espaldas, y ya he tenido dos o tres veces ganas de tirarle,



Vio un hombre a caballo.

—Si quieres, cambiaremos—le dijo el jinete—; te daré mi caballo y tú me darás tu carga.

—Con mucho gusto—dijo Juan—; pero le advierto a usted que este oro pesa endemoniadamente.

Bajó el jinete y cogió el oro, y ayudó a Juan a montar a caballo y le puso la brida en la mano, diciendo:

—Cuando quieras ir de prisa, no tienes más que decir: «¡Arre! ¡arre!»

Juan estaba contentísimo cuando se vio a caballo. Pasado un rato, tuvo ganas de ir más de prisa, y comenzó a gritar: «¡Arre! ¡arre!» El caballo se lanzó al galope, y antes de tener tiempo de asegurarse en la silla, se vio arrojado Juan al suelo, en el foso de un lindero. El caballo hubiera continuado corriendo, si no le hubiera parado un aldeano que venía por el camino llevando una vaca delante. Juan, de mal humor, se levantó como pudo, y dijo al aldeano:

—Mal negocio es eso de ir a caballo, sobre todo cuando tiene uno que habérselas con un animal tan indómito como éste, que tira a uno al suelo, con riesgo de romperle la cabeza. Dios me libre de volver a montar más en él. Al menos con una vaca como la que usted lleva se va tranquilamente detrás de ella, y tiene uno además leche, manteca y queso todos los días. ¿Qué no daría yo por tener una vaca como esa?

—Ya que le gusta a usted tanto—dijo el labriego—, cambio mi vaca por el caballo.

Juan asintió con mucha alegría, y el labriego montó a caballo y se alejó con rapidez.

Juan iba tras la vaca, muy contento con el cambio que había hecho, pues pensaba entre sí:

—Con sólo tener un pedazo de pan, nada me puede faltar, pues siempre tendré manteca y queso para que le hagan compañía. Si tengo sed, ordeño mi vaca y bebo la leche. ¿Qué más puedo pedir?



Juan iba tras la vaca.

Se detuvo en la primera posada que encontró, y consumió alegremente todas las provisiones que había tomado para el camino. Con los últimos maravadises que le quedaban se bebió un vaso de cerveza, y

continuó el viaje con su vaca. Acercábase en tanto el mediodía, el calor era sofocante, y Juan se encontró en un erial que tenía más de una legua de largo. Sentía tanto calor, que la sed le pegaba la lengua al paladar.

—Esto tiene remedio—pensó Juan—; ordeñaré la vaca, y me refrescaré con la leche.

Ató la vaca a un árbol seco, y a falta de otra cosa cogió su gorro de cuero; pero por mucho que apretaba con la punta de los dedos, no sacaba ni una gota de leche. Para colmo de desgracia, como hacía muy mal la operación, el animal se puso furioso y le dio una coz en la cabeza, que le derribó al suelo por largo rato.

Felizmente le levantó un carnicero que acertó a pasar por allí cargado con un cerdo; Juan le refirió lo que había pasado.

El carnicero le alargó su botella, diciéndole:

—Bebe para tomar fuerzas; esa vaca no te dará nunca leche; es muy vieja, y sólo sirve para uncirla a una carreta o llevarla al matadero.

Juan se mesó los cabellos desesperadamente.

—¡Quién lo hubiera sabido!—exclamaba—. Cierto que el que la mate puede comérsela; pero a mí no me gusta la carne de vaca, no sabe a nada. Si fuera un cerdito, sería mucho mejor, y se pueden hacer buenas morcillas.

—Escucha, Juan—le dijo el carnicero—; si quieres, por complacerte, cambiaré mi cerdo por tu vaca.

—Dios premie a usted por su generosidad—contestó Juan, y dio su vaca al carnicero.

Bajó éste su cerdo del carrito donde venía, y dio a Juan la cuerda con que lo llevaba atado.

Juan continuó su camino pensando en su buena estrella; tenía una dificultad y en seguida estaba resuelta: en esta situación encontró a un joven que llevaba debajo del brazo un hermoso ganso blanco.

Se saludaron, y Juan comenzó a referir su suerte y los buenos cambios que había hecho. El joven le contó a su vez que llevaba aquel ganso para celebrar un bautizo.

—¡Mira—le dijo cogiéndole por las alas—, mira qué peso! Es verdad que le han estado cebando dos meses seguidos; el que coma de este ganso engordará.

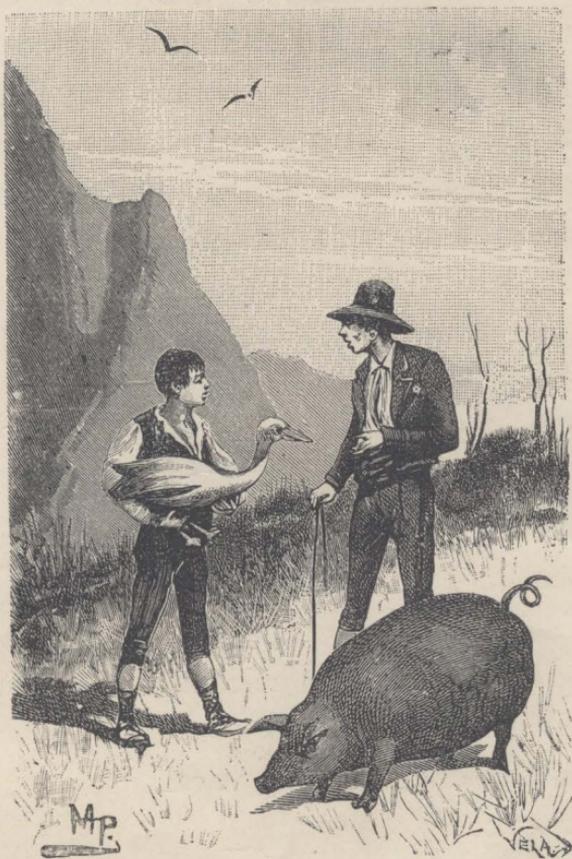
—Sí—dijo Juan—, pesa bastante; pero mi cerdo tiene también su valor.

El joven comenzó entonces a menear la cabeza, y mirando con precaución a todos los lados:

—Escucha—le dijo—; el cambio de este cerdo podría dar margen a otro mucho peor para tí; en la aldea por donde tienes que pasar han robado en este mismo momento uno del corral del alcalde; mucho me temo que sea el mismo que llevas. Han enviado emisarios a recorrer los caminos, y sería una desgracia muy grande para tí si te cogiesen con ese animal; lo menos que te pudiera suceder sería que te metieran en la cárcel.

Las agudezas de Juan

—¡Ay, Dios mío!—contestó el pobre Juan, que comenzaba a temblar de miedo— ¡Tened compasión de mí! Si quisiera usted hacer un favor, cambiaría mi cerdo por ese ganso.



Cambiaría mi cerdo por ese ganso.

—Mucho arriesgar es—repuso el muchacho—; pero lo haré porque no te suceda nada y me echés a mí la culpa.

Y cogiendo la cuerda se llevó el cerdo por un ca-

mino extraviado, mientras que el buen Juan, libre de inquietud, marchaba con su ganso debajo del brazo.

—Pensándolo bien—se decía a sí mismo—, no he dejado de ganar en este cambio, pues además de un buen asado, tendré manteca para tres meses, y por fin, con todas estas plumas blancas puedo hacerme una almohada, en la que dormiré muy bien. ¡Qué alegre va a ponerse mi madre!

Al pasar por la última aldea vio a un afilador que daba vueltas a su rueda, cantando.

—Yo afilo las tijeras con gran velocidad, y nunca me falta que comer.

Juan se detuvo a mirarle, y concluyó por decirle:

—¿Parece que va bien en el oficio?

—Sí—contestó el afilador—, es un oficio de oro. Un buen afilador es hombre a quien sobra siempre dinero en el bolsillo. Pero ¿dónde has comprado ese hermoso ganso?

—No le he comprado, le he cambiado por un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Me lo han dado por una vaca.

—¿Y la vaca?

—La cambié por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Lo he cambiado por un pedazo de oro que pesaba cerca de un quintal.

—¿Y el oro?

—Era el salario que había ganado en siete años.

Las agudezas de Juan

—Veo—dijo el afilador—que te has arreglado siempre a las mil maravillas. Ahora sólo te falta encontrar un medio de tener siempre la bolsa llena, y ya eres feliz.

—Pero ¿cómo encontrarle?



Cogió la piedra y dio su ganso.

—Hazte afilador como yo. Para eso sólo necesitarás una piedra de afilar; lo demás se viene a la mano. Yo tengo una, un poco estropeada, es verdad; pero te la daré de balde por tu ganso. ¿Aceptas?

—No hay que hablar más palabras— contestó Juan—; así seré el hombre más feliz de la tierra. ¡Al diablo los cuidados teniendo siempre la bolsa llena! Cogió la piedra y dio su ganso.

—Toma —le dijo el afilador, presentándole un guijarro muy grande que se hallaba a sus pies—; te regalo además esa otra piedra, que es muy buena; se puede golpear con ella todo lo que se quiera, y te servirá para enderezar los clavos viejos. Toma y guárdala.

Juan cargó con el guijarro, y se fue con el corazón lleno de alegría; los ojos le brillaban de contento.

—A fe mía —exclamó—, he debido nacer de pie; logro cuanto deseo, ni más ni menos que si hubiera nacido en domingo.

Pero como estaba de pie desde el amanecer, comenzó a sentirse cansado. También le atormentaba el hambre, pues su alegría cuando adquirió la vaca le hizo consumir todas las provisiones de una vez.

Andaba con mucho trabajo y parándose a cada paso. La piedra y el guijarro le pesaban horribilmente: no pudo menos de pensar que sería mucho más feliz si no tuviera que llevar nada encima.

Se acercó como pudo a un pozo que se hallaba próximo, para descansar y beber un trago de agua, y por no hacerse daño con las piedras al sentarse, las puso con mucho cuidado al borde del pozo: echándose después de bruces comenzó a beber; mas sin querer, tropezó en las piedras, que rodaron hasta llegar

El pulgarcito

pronto astucia y actividad para llevar a cabo cuantas cosas se le ocurrían.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar leña a un bosque, y pensaba:



Su mujer hilaba a su lado.

—¡Con qué gusto encontraría quien me llevase el carro!

—Padre—exclamó Pulgarcito—, yo me encargaré de llevar el carro; no tengas cuidado, llegará al bosque a buen tiempo.

El hombre se echó a reír, y dijo:

—Eso es imposible; eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

—No importa, padre. Si mi madre quiere enganchar, me sentaré en la oreja del caballo y le guiaré.

—Está bien—contestó el padre—; lo probaremos.

Cuando llegó la hora de marchar, la madre engancho el caballo y metió a Pulgarcito en la oreja. El muchacho le guiaba tan bien que el coche iba como si le llevara un buen carretero, y el carro llegó sin tropezos al bosque.

Al dar la vuelta a un recodo del camino, el hombre-cillo gritaba con voz fuerte y vigorosa:

—¡Soo, arre!

En esto pasaron dos forasteros.

—¡Hola!—exclamó uno de ellos—. ¿Qué es eso? Mira ese carro tan original; se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

—Es una cosa bastante extraña—dijo el otro—; vamos a seguirle, y veremos en dónde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente en el lugar donde estaba la leña cortada.

Cuando Pulgarcito vio a su padre, gritó;

—¿Ves, padre, cómo he venido con el carro? Bájame ahora.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y lo puso en el suelo; el pequeñuelo se sentó alegremente en una arista.

El Pulgarcito

Al ver a Pulgarcito se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué decir.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

—Ese chiquillo podría hacer nuestra fortuna si le enseñásemos por dinero; hay que comprarle.

Se acercaron al labrador y le dijeron:

—Véndenos ese enanillo; le irá bien con nosotros.

—No—respondió el padre—; es la alegría de mi casa. y no le vendo por todo el oro del mundo.

Al oír la conversación, Pulgarcito trepó por los pliegues del vestido de su padre, subiéndose hasta sus hombros, y le dijo al oído:

—Padre, véndeme a esos hombres; pronto volveré.

Su padre hizo el trato por cincuenta monedas de oro.

—¿Dónde quieres sentarte?—dijeron a Pulgarcito sus amos.

—¡Ah! sentadme en el ala de vuestro sombrero; en ella podré pasearme y ver el campo sin caerme.

Hicieron lo que él quería, y en cuanto Pulgarcito se despidió de su padre, marcharon con él, caminando hasta la noche.

Entonces les gritó el hombrecillo:

—Bajadme; necesito bajar.

—Quédate en el sombrero—dijo el hombre—; ya te entiendo, y poco importa lo que tengas que hacer: los pájaros echan cosas peores.

—No, no—dijo Pulgarcito—; yo sé muy bien qué tengo que hacer.

El hombre le cogió y le puso en el suelo, en un campo orilla al camino; Pulgarcito corrió un instante entre los surcos, y se metió de pronto en un agujero que había buscado expresamente.

—Buenas noches, caballeros; seguid vuestro camino sin mí—les gritó riendo.

Se volvieron corriendo, y aunque metieron palos en el agujero, fue trabajo perdido. El enano se escondía más dentro cada vez, y como empezaba a obscurecer, se tuvieron que volver a su casa incomodados y con las manos vacías. Cuando estuvieron lejos, salió Pulgarcito de su escondrijo. Temió aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe en seguida.

Por fortuna encontró un caracol vacío.

—Gracias a Dios, ya tengo casa—dijo—; pasaré la noche en seguridad aquí dentro...

Y se metió en el caracol.

Poco después, cuando iba a dormirse, oyó pasar dos hombres, y el uno decía al otro:

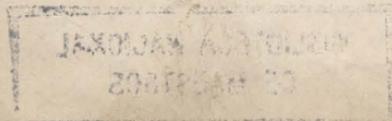
—¿Cómo nos arreglaremos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

—Yo os lo diré—les gritó Pulgarcito.

—¿Qué es eso?—exclamó uno de los ladrones asustado— ¡He oído hablar a alguien!

Se detuvieron a escuchar, y entonces Pulgarcito gritó de nuevo:

—Llevadme con vosotros, y os ayudaré.

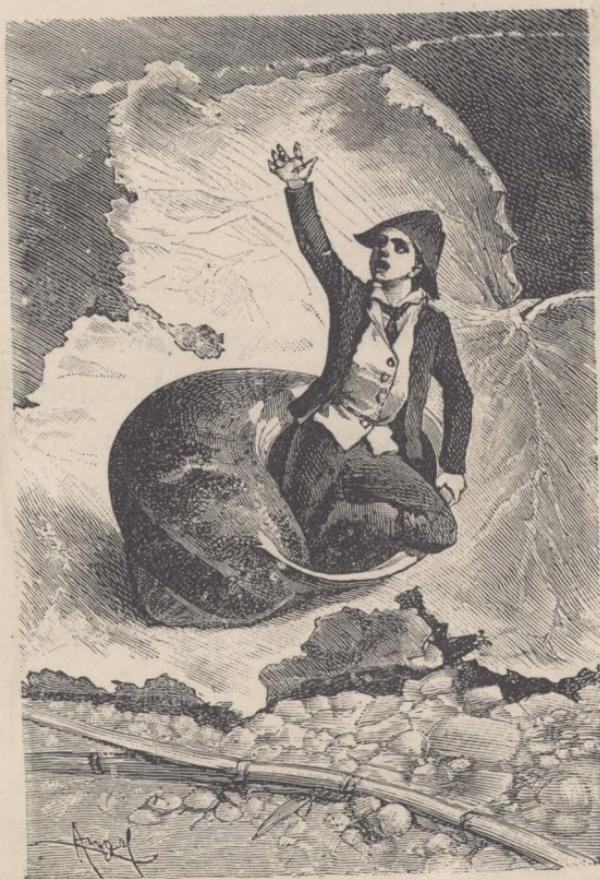


El pulgarcito

—Dónde estás?

—Buscadme por el suelo, en el sitio de donde sale la voz.

Los ladrones concluyeron por encontrar el caracol.



Por encontrar el caracol.

—Tunantuelo—le dijeron—¿en qué puedes sernos útil?

—Mirad—les dijo—, me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura, y os pasaré todo lo que me pidáis.

—Bueno, veremos lo que puedes hacer—le dijeron.

En cuanto llegaron a la casa del cura, Pulgarcito entró en el cuarto y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones, asustados, le dijeron:

—Habla bajo, que vas a despertar la gente.

Pero él, haciendo como si no les hubiera oído, gritó de nuevo con más fuerza que antes:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La cocinera, que dormía en el cuarto de al lado, oyó este ruido, se levantó y escuchó. Los ladrones, aterrados, habían echado a correr; al fin tomaron ánimo, y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas, volvieron atrás y le dijeron en voz baja:

—Déjate de bromas; pásanos algo.

Entonces el enano púsose a gritar con todas sus fuerzas:

—Voy a dároslo todo; tended las manos.

La cocinera oyó bien claro esta vez, saltó de la cama y corrió a la puerta. Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el diablo les siguiera. No viendo nada la cocinera, fue a encender una luz. Cuando vino, el enanillo se fue a ocultar en el pajar sin que le viesen. La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fue a acostarse, y creyó que había soñado con los ojos abiertos.

El Pulgarcito

Pulgarcito había subido sobre el heno, donde encontró sitio para dormir y descansar allí hasta el día, para volver luego a casa de sus padres. ¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo! La cocinera se levantó al amanecer para echar pienso al ganado. Su primera visita fue al pajar; cogió un brazado de heno con el pobre Pulgarcito dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no lo notó ni se despertó hasta que estaba en la boca de una vaca, que le había cogido con un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino, pero comprendió bien pronto dónde estaba. Entonces puso mucho cuidado para que no le mascara; pero tuvo que bajar por la garganta a la panza.

—Se han olvidado las ventanas en este cuarto— dijo—, y no se ve ni sol ni luz.

La casa le desagradaba, y lo peor era que entraba siempre nuevo heno, y el sitio era cada vez más estrecho.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

—¡Basta de heno! ¡Basta de heno! ¡No quiero mas!

La criada estaba precisamente en aquel momento ordeñando la vaca, y al oír aquella voz sin ver a nadie, reconoció la que le había despertado ya la noche anterior, y se asustó tanto, que se cayó al suelo y derramó la leche.

Fue corriendo a buscar a su amo y le dijo:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Señor cura, que habla la vaca!

—Tú estás loca—respondió el cura.

Pero fue al establo para ver lo que pasaba.
Apenas había entrado, gritó de nuevo Pulgarcito:
—¡Basta de heno! ¡No quiero más!



El cura se asustó.

El cura se asustó a su vez, porque creyó que la vaca tenía el diablo en el cuerpo, y la mandó matar. La mataron, y la panza, en que se hallaba prisionero el pobre Pulgarcito, fue arrojada a la basura.

El pobrecillo trabajó mucho para salir, y cuando

empezaba a sacar la cabeza le sucedió una nueva desgracia. Un lobo hambriento se arrojó sobre la panza y se la tragó de una vez. Pulgarcito no perdió ánimo.

—Quizá—pensaba—, será tratable este lobo.

Y desde su vientre, donde estaba encerrado, le gritó:

—Querido lobo, puedo enseñarte donde halles una buena comida.

—¿Dónde?—le dijo el lobo.

—En tal y tal casa; no tienes más que entrar por el albañal a la cocina, y encontrarás tortas, tocino, salchichas, cuanto quieras comer.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no se lo dejó decir dos veces; introdújose de noche por el albañal y devoró en la despensa lo que quiso.

Cuando estuvo harto quiso salir; pero estaba tan relleno con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal. Pulgarcito, que había contado con esto, comenzó a hacer mucho ruido en el vientre del lobo, gritando y alborotando con todas sus fuerzas.

—¿Quieres callar?—dijo el lobo—; vas a despertar a todos.

—¿Y qué?—respondió el pequeño— ¿No te has hartado tú de comer? También yo quiero divertirme.

Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron a la despensa y miraron por la rendija. Cuando

vieron que había un lobo se armaron, el hombre con un hacha y la mujer con una hoz.

—Ponte detrás—dijo el hombre a su mujer cuando entraron en el cuarto—; si al darle un hachazo no se muere le cortas tú el vientre.

Pulgarcito, que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

—Soy yo, querido padre, quien está dentro del lobo.

—Gracias a Dios—dijo el padre lleno de alegría—, que hemos encontrado a nuestro querido hijo.

Y mandó a su mujer que dejara la hoz para no herir a su hijo. Después levantó su hacha y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza, y en seguida le abrió el vientre con su cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Pulgarcito.

—¡Ah!—dijo el padre—, ¡cuánto hemos sufrido por ti!

—Sí, padre, he andado mucho por el mundo; pero por fortuna heme aquí, vuelto a la luz.

—¿Dónde has estado?

—¡Ah, padre! he estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo aquí con vosotros.

—Y no volveremos a venderte por todos los tesoros del mundo—dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos nuevos, porque los suyos se habían estropeado en el viaje.

UNA ORQUESTA ORIGINAL

UN campesino tenía un asno que durante muchos años había llevado dócilmente los sacos al molino; pero sus fuerzas se habían debilitado tanto que ya no servía para el trabajo. Entonces el amo pensó matarlo; pero el pobre borrico, comprendiendo que soplaban malos vientos, se escapó y tomó el camino de la villa más próxima.

—Quién sabe—se dijo—, si podré ser músico de la ciudad.

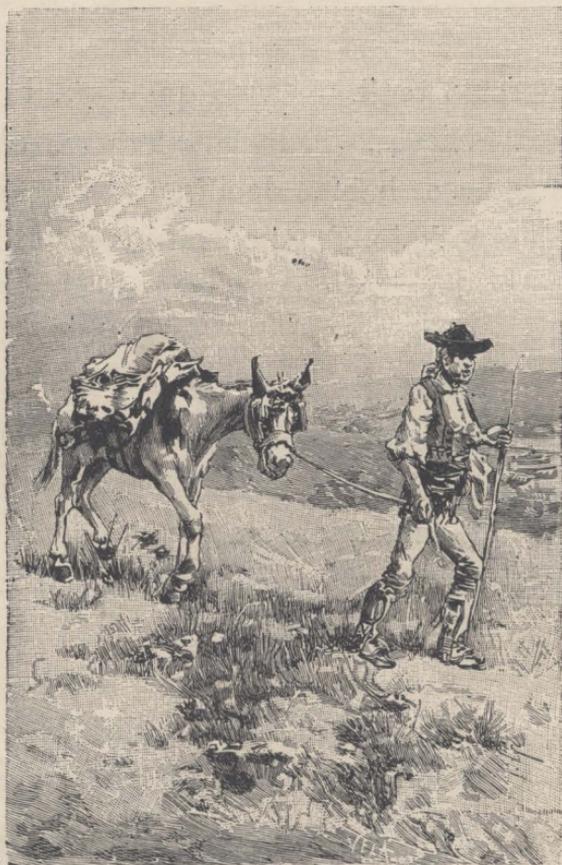
Después de haber andado algunas horas, encontró echado en el camino un perro de caza, jadeante, cansado de correr, pues había andado tres leguas de un tirón.

—¿Qué te pasa, camarada?—le dijo el asno.

—¡Ah!—contestó el perro—; soy viejo, y más débil cada día, y como no puedo ir a caza, el ingrato de mi amo ha querido matarme, y así me he escapado; pero ¿cómo me arreglaré para buscarme la vida?

—Imítame—repuso el asno—; yo voy a la ciudad vecina para hacerme músico; ven conmigo y procura que te reciban en la banda. Yo tocaré la trompa y tú tocarás los timbales.

Parecióle al perro excelente la idea, y siguieron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino, con una cara tan triste como tres días de lluvia.



Los sacos al molino.

—¿Por qué estás tan triste, viejo bigotudo?—le dijo el burro.

—Cuando pelagra la cabeza nadie puede estar contento—respondió el gato—; como mi edad es algo avan-

Una orquesta original

zada y mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto a la lumbre que correr tras los ratones, mi amo ha querido echarme al agua. Me he salvado; pero ¿qué haré ahora? ¿Adónde iré?



Siguieron juntos su camino.

—Ven con nosotros a la ciudad; tú entiendes muy bien la música nocturna, y te harás como nosotros músico del Ayuntamiento.

Con regocijo acogió el gato la oferta y partió con

ellos. No tardaron los viajeros en llegar delante de un corral, sobre cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué gritas de esa manera?—dijo el asno.

—He anunciado buen tiempo—contestó el gallo—, porque hoy sábado es día de la Virgen. Mañana, domingo, mi ama tiene convidados, y como si se tratara de la cosa más natural del mundo, ha dicho a la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche quiere retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfacción viendo que respiro todavía.

—No seas tonto, cresta roja—dijo el asno—; vente con nosotros a la ciudad; en cualquier parte encontrarás una cosa algo mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y si cantamos juntos será cosa digna de oírse.

Aceptó el gallo la propuesta y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en un día a la ciudad. Al anoecer se detuvieron en un bosque, donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol muy grande; el gato y el gallo ganaron las ramas, pero el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro. Antes de dormirse, cuando dirigía sus miradas a todas partes, le pareció ver a lo lejos como una luz, y dijo a sus compañeros que debía haber alguna casa cercana, pues se distinguía alguna claridad.

Una orquesta original

—Si es así—contestó el asno—, nos dirigiremos allí, pues esta posada no es muy buena.

El perro creía, por su parte, que no le vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Marcharon, pues, hacia donde veían la luz. No tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron a una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el de más elevada estatura de todos, se acercó a la ventana y miró dentro.

—¿Ves algo?—le preguntó el gallo.

—¡Ya lo creo!—dijo el asno— Veo una mesa llena de manjares y botellas; y alrededor sentados los ladrones, comiendo en grande.

—¡Buena cosa sería para nosotros!—añadió el gallo.

—¡Ah, si estuviéramos allí!—dijo el burro.

Entonces se pusieron a discutir los animales sobre el medio que emplearían para echar de allí a los ladrones, y al fin optaron por uno que les dio excelentes resultados.

El burro puso las patas delanteras encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre el asno, el gato sobre el perro, y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato.

Colocados de esta manera, comenzaron todos su música a una señal convenida y con toda la fuerza de sus pulmones. El asno rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cantaba. Luego se

echaron por la ventana dentro del cuarto, rompiendo los vidrios, que cayeron ruidosamente.

Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala la Guardia civil o alguna



Comenzaron todos su música

legión de demonios, y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, contentándose con lo que quedaba, y comieron como si debieran ayunar cuatro semanas.

Una orquesta original.

En cuanto hubieron concluído los instrumentistas, apagaron las luces y buscaron donde dormir, cada uno conforme a su gusto. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el fogón sobre la ceniza caliente y el gallo en una viga. Como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse.

Después de media noche, como los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo estaba tranquilo, les dijo su capitán:

—Hemos sido unos cobardes; ¡dejarnos derrotar de esa manera!

Y mandó a uno de los suyos que fuese a registrar la casa.

El enviado lo halló todo tranquilo: fue a la cocina para encender luz, cogió una pajuela, y como los brillantes ojos del gato le parecían dos ascuas, acercó a ellos una cerilla para encenderla; pero el gato, sobresaltado ante aquel ataque, saltó a su cara y le arañó bufando. Lleno de un horrible miedo corrió nuestro hombre para huir hacia la puerta, y entonces el perro, que estaba echado detrás de ella, se tiró a él y le mordió una pierna. Cuando pasaba por el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno; mientras el gallo, despierto por el ruido y alerta ya, gritaba ¡qui-qui-ri-quí! desde lo alto de la viga.

El ladrón volvió huyendo adonde estaban los suyos, y les dijo:

—En nuestra casa hay una bruja horrorosa que me ha acribillado la cara con sus uñas; cerca de la puerta había un hombre que me ha atravesado la pierna con un cuchillo; en el patio un gigante negro que me ha dado dos mazazos, y en lo alto del techo un juez que gritaba «¡Coged a ese ladrón!» Ahora que vuelva el que se atreva.

No hay que decir que nadie se atrevió, y los animales siguieron viviendo tranquilamente en la casa hasta el fin de sus días.

EL MÁS FEO PUEDE SER EL MÁS HERMOSO

TRANSCURRÍA el verano, y el campo estaba muy hermoso: las espigas de trigo presentaban un matiz dorado magnífico; la avena estaba verde, y el heno se levantaba en los prados en montones olorosos; la cigüeña recorría los campos con sus largas patas rojas, hablando en egipcio, lengua que había aprendido en sus largos viajes. Alrededor de los campos y de las praderas extendíanse grandes bosques cortados por lagos profundos.

Ciertamente estaba hermoso el campo. Los rayos del sol bañaban con brillo esplendente una antigua posesión rodeada de murallas y de anchos fosos, y grandes hojas bajaban desde la pared hasta el agua; eran tal altas que los niños podían ocultarse allí sin que les viesen, y entre ellas se podía encontrar una soledad tan silvestre como en medio del bosque. En uno de los sitios más reservados de aquel recinto había establecido su nido una pata, y allí incubaba sus huevos, impaciente por verlos convertidos en pollos. Apenas recibía visitas de nadie, porque a las demás

patas les parecía más agradable nadar en los fosos que venir a las hojas a hablar con ella.

Transcurridos algunos días, los huevos comenzaron a romperse unos después de otros; oíase en su interior un *pi-pi*; eran los patitos, que vivían y estimaban su pescuezo hacia afuera.

—*Rip-rip-rap-rap*—dijeron después haciendo todo el ruido que podían.

Andaban por un lado y otro entre las hojas verdes, y la madre les dejaba, porque sabía que el verde alegra la vista.

—¡Qué grande es el mundo, mamá!—dijeron los recién nacidos desde el sitio en que se hallaban al salir de su huevo.

—¿Os figuráis, acaso, que el mundo concluye aquí?—dijo la madre—¡Oh! no, se extiende mucho más lejos por el otro lado del jardín, hasta los campos del señor Alcalde; pero yo nunca he ido hasta allí. ¿Estáis ya todos aquí?—añadió levantándose y mirando a todas partes con inquietud—No, el huevo más grande no se ha movido, y lo siento, porque va tardando ya demasiado y me he fatigado bastante.

Y sin disimular su disgusto, volvió a cubrir el huevo que faltaba.

—¿Qué tal va eso, compañera?—dijo una pata ya anciana que venía a hacerla una visita.

—Ya habría salido de penas si no fuese por este huevo que me está haciendo pasar las mayores fati-

gas del mundo para ponerle en disposición de romper. Vea usted lo otros que han salido ya del cascarón; ¿no es verdad que son los patitos más gallardos que se han visto nunca? Todos se parecen de una manera notable a su padre; pero el muy pícaro hace ya algunos días que no parece por su casa, y todavía no los conoce.

—Vamos a ver ese huevo que se empeña en no romper—dijo la vieja—. ¡Ay, hija mía!—añadió en seguida—, la han engañado a usted; este huevo no es suyo, es un huevo de pava. También me engañaron a mí una vez como a usted, y sufrí mucho con el huevo que me habían endosado; porque todos estos hijos postizos tienen horror al agua. Nunca pude hacer al mío que entrase en ella. Aunque me empeñaba en quitarle el miedo y le empujaba, nada pude conseguir. Déjeme usted que lo vea otra vez. Sí, no cabe duda; es un huevo de pava. Déjele usted ahí y enseñe cuanto antes a nadar a los otros, a sus verdaderos hijos, que son los que deben interesarle.

—No, ya que me ha hecho perder tanto tiempo, bien puedo emplear en cubrirle un día o dos más—respondió la ánade.

—Creo que hace usted una tontería—contestó la vieja, y se fue.

Por fin, al cabo de dos días rompió el gran huevo.

—*Pip-pip*—gritó el pequeño, y salió.

¡Qué grande y qué feo les pareció a todos! La pata le miró con desprecio, y dijo:

—¡Qué patazo tan deforme! No se parece a ninguno de nosotros. ¿Será realmente un pavo? Fácil será conocerlo; si es un pavo, no querrá entrar en el agua, cuando le lleve con mis hijos.

Al día siguiente hacía un hermoso tiempo; el sol resplandecía sobre las verdes hojas del bosque; la madre de los patos se encaminó con toda su familia al foso. Al llegar al agua, ¡*plas!* saltó en ella, y dijo en seguida: *Rap-rap*, y todos sus pequeñuelos se hundieron en el agua uno después de otro; el agua se cerró sobre sus cabezas, pero en breve reaparecieron y nadaron con rapidez. Movían muy bien las piernas, y todos, hasta el mismo patazo gris, tan grande y feo, dieron muestras de regocijo en el agua.

—Ya no cabe duda. Este no es un pavo—dijo la madre—. Se sirve con mucha habilidad de sus piernas y se mantiene muy derecho. Bien podrá suceder que sea hijo mío, pues no es tan feo cuando se le mira muy de cerca. *Rap-rap* Venid ahora conmigo: vais a hacer vuestra entrada en el mundo, y os voy a presentar en el corral de los patos. Pero os advierto que no os habéis de separar de mí, para que no os pisen, y que habéis de tener cuidado con el gato.

Todos entraron en el corral de los patos.

Oíase allí gran ruido. Dos familias se disputaban una cabeza de anguila, y por último fue el gato quien se la llevó.

—Esto parece extraño, pero así suceden las cosas

El más feo puede ser el más hermoso en el mundo—dijo la pata estirando su pico y tratando de disimular su despecho, porque también ella había querido coger la cabeza de anguila—. Muchas veces disputan dos familias la posesión de unos bienes,



Muestras de regocijo en el agua.

entran en pleitos, y los abogados, escribanos y procuradores se lo comen todo.

Quedóse la pata un momento pensativa, después de hacer estas juiciosas reflexiones.

—Ahora moved las piernas—añadió volviéndose hacia los patitos—; poneos así, y saludad a aquel pato anciano que está allá abajo. Es el más distinguido de todos los que hay aquí. Es de raza española, y por eso está tan gordo; reparad bien en la cinta roja que rodea su pierna; es una cosa magnífica, y la mayor distinción que se puede conceder a un pato. Significa que no quieren perderle y que le señalan para que se le conozca entre todos, así por los animales como por los hombres. Ea, poneos bien; no metáis los pies hacia adentro; un pato de buena educación mueve los pies como es debido; mirad cómo los echo yo hacia afuera. Inclinaos y decid: *Rap*.

Los jovencillos obedecieron, y los demás patos que les rodeaban los miraban y se decían por lo bajo:

—¡Vaya! ya vienen más, como si no fuéramos bastantes. ¡Vaya, vaya! ¿Qué pato tan feucho es éste que viene aquí? No le queremos.

Y ni tardo ni perezoso, un gran pato voló hacia él, se le echó encima y le mordió en el pescuezo. El pobre animal dio un graznido de dolor.

—Dejadle en paz—dijo la madre—; no se mete con nadie, y está mal hecho tratarle así.

—Verdad es—dijo el que le había mordido—; pero es tan grande y tan ridículo que me dan ganas de volver a morderle.

—Tiene usted muy lindos hijos, señora—dijo el viejo pato de la cinta encarnada—. Todos son gallardos,

menos ése; está contrahecho, y es una lástima que no pueda usted embellecerle un poco.

—Eso es imposible—dijo la pata—. No es hermoso, tiene usted razón, pero es obediente y humilde y nada de un modo maravilloso, y hasta me atrevería a decir que mejor que los otros. Creo que cuando crezca se hará muy bonito, y que con el tiempo se reformará. Ha estado muchos días en el huevo, y probablemente consistirá en eso su fealdad.

Mientras hablaba de este modo, le atrajo suavemente por el cuello y alisó su plumaje.

—Por lo demás—añadió—, es un pato, y la belleza no le hace tanta falta; si fuese hembra, ya sería otra cosa. Tiene aspecto de robustez, y puede que andando el tiempo haga suerte en el mundo. En fin, si éste es feo, los otros son gallardos: ahora, hijos míos, podéis correr con la misma confianza que si estuviéseis en casa, y si encontráis una cabeza de anguila, traédmela.

En efecto, los patitos se portaron los mismo que si estuvieran en su casa.

Pero el pobre pato que había salido el último del huevo estaba acobardado y receloso, pues en vez de inspirar compasión por su fealdad, fue mordido, burlado y atropellado, no sólo por los patos, sino por las gallinas.

—Es muy grande y feo como un demonio; no debe alternar con nosotros—decían todos; y el gallo de Indias, que había venido al mundo con espolones y

se creía emperador, se infló como se inflan todas las velas de un navío, y marchó derecho hacia él con gran furor y rojo de cólera hasta los ojos. El pobre pato no sabía si debía detenerse o marchar, y sufrió un picotazo espantoso; entonces sintió profunda pena, no sólo por el dolor, sino por ser tan feo y por las burlas que hacían de él todos los patos del corral.

El primer día sucedió todo esto; pero en los siguientes continuaron las cosas de mal en peor. El pobre pato fue hostigado en todas partes; hasta sus mismos hermanos eran malos con él, y repetían a cada paso:

—Ojalá te devorase el gato, horrible criatura. Y la madre, influída al fin por las burlas de todos, le decía:

—Quisiera que te fueses muy lejos y no volviesses.

Los patos le mordían, las gallinas le picaban, y la mujer que daba de comer a los animales le rechazaba con el pie.

Entonces el pobre animalito se escapó, y tomó vuelo por encima del seto. Los pajarillos que estaban en los brezos volaron espantados. «Muy feo debo ser cuando así me tratan—pensó el pato—; pero mi corazón no es malo, y a nadie quiero perjudicar.» Cerró los ojos y continuó su camino. Así llegó a un gran pantano que habitaban los patos silvestres. Allí durmió durante la noche, muy triste, muy cansado y muy hambriento.

Al día siguiente, cuando los patos silvestres se levantaron, vieron con sorpresa a su nuevo compañero.

El más feo puede ser el más hermoso

—¿Quién es este mamarracho?—se dijeron.

El pato se volvió hacia todas partes, y saludó con toda la gracia posible; pero su saludo resultó grotesco.

—Puedes estar orgulloso de ser el primero de los



La mujer que daba de comer.

feos—dijeron los patos silvestres—; pero esto nos es igual, porque ya comprenderás que no te has de casar con nadie de nuestra familia.

El desgraciado ¿qué había de pensar en casarse, si

sólo pedía permiso para dormir en las cañas y beber el agua de la laguna? Se lo concedieron a regañadientes, y así pasó dos días, hasta que llegaron a aquel sitio dos ánades silvestres. Aun no habían visto mucho mundo, y eran también muy insolentes.....

—Oye, compañero—dijeron los recién venidos—, eres tan feo y tan ridículo, que tendríamos mucho gusto en llevarte con nosotros. ¿Quieres acompañarnos y ser ave de paso? Aquí cerca, en la otra laguna, hay aves silvestres preciosas, casi todas señoritas y que saben cantar muy bien. ¡Quién sabe si alguna de ellas se encaprichará de ti, y harás tu fortuna a pesar de tu horrible fealdad!

De pronto se oyeron dos detonaciones, y los dos ánades silvestres cayeron muertos en los cañaverales. El agua se puso roja como la sangre.

Entonces las bandadas de aves silvestres se elevaron llenas de espanto de las cañas, y se oyeron algunos tiros. Se verificaba una gran cacería; los cazadores estaban tendidos alrededor de la laguna, y hasta algunos se habían apostado en las ramas de los árboles que se adelantaban por encima de los juncos. Vapores azulados, parecidos a nubecillas, salían de entre los árboles sombríos, extendiéndose sobre el agua; en seguida llegaron los perros a la laguna, pasito a pasito para que no les oyeran, y los juncos y las cañas se inclinaron hacia todos lados. ¡Qué espanto para el pobre patito feo! Encogió la cabeza para ocul-

El más feo puede ser el más hermoso

tarla bajo su ala; pero al mismo tiempo vio delante de él un perrazo de aspecto espantoso: su lengua colgaba fuera de la boca y sus ojos feroces centelleaban de crueldad. El perro volvió la boca hacia el pato, le



Llegaron los perros a la laguna.

enseñó sus dientes puntiagudos, y cuando el patito se daba ya por muerto, el perrazo se volvió a otro lado y se fue muy lejos, sin tocarle. Sin duda le encontraba también demasiado feo; pero preciso es confesar que

en este caso la fealdad del patito le salvó la vida; lo que prueba que todas las cosas malas tienen su lado bueno.

—Gracias a Dios—murmuró el pato—, mi deformidad, que tantas burlas me cuesta, ha servido para que no quiera morderme el perro.

Y quedó en silencio, mientras los perdigones silbaban al través de los juncos, y mientras los tiros se sucedían sin descanso. Hacia el anochecer cesó el tiroteo, pero el pobre patito no se atrevió a levantarse. Esperó algunas horas, miró a su alrededor y se escapó de la laguna tan pronto como pudo. Pasó por encima de los campos y de las praderas; pero una tempestad furiosa le impidió proseguir su marcha.

Ya muy entrada la noche llegó a una miserable choza de campesino, tan vieja y arruinada que no sabía de qué lado caerse, y quizá por eso seguía en pie. La tormenta soplaba con tal violencia alrededor del pato, que se vio obligado a detenerse en la choza; todo iba de mal en peor.

Entonces reparó que a una puerta le faltaban los goznes, y que podía por un pequeño agujero penetrar en el interior: esto fue lo que hizo.

Allí vivía una viejecita, muy pobre, sin más compañía que un gato y una gallina. El gato, al que mimaba mucho, sabía redondear su lomo e hilar su rueca; sabía también echar chispas, siempre que se le frotaba convenientemente el lomo a contrapelo y en

El más feo puede ser el más hermoso un sitio obscuro. La gallina tenía muy cortas las piernas, lo cual la había valido el nombre de *Patas cortas*. Ponía huevos muy frescos, y la viejecita la quería y la cuidaba mucho.



El gato comenzó a gruñir.

Cuando amaneció al día siguiente, reparó en la presencia del pato, que se había refugiado allí huyendo de la tormenta. El gato comenzó a gruñir y la gallina a cacarear, porque los animales suelen ser muy envidiosos.

—¿Qué sucede?—dijo la anciana mirando a su alrededor.

Pero como tenía la vista muy débil, creyó que era un gran pato que se había extraviado.

—Ya tengo una buena presa—dijo—: ahora podré comer huevos de pata, suponiendo que éste no sea un pato. En fin, ya veremos.

Esperó durante tres semanas, pero no llegaban los huevos. En esta casa podía decirse que el gato era el señor y la gallina la señora, así es que tenían la costumbre de decir: «nosotros y el mundo», porque se figuraban que ellos solos componían la mitad, y hasta la mejor mitad del mundo; lo que prueba que hay animales tan vanidosos como algunas personas. El pato se permitió decir que había exageración en este modo de pensar; pero esto disgustó a la gallina.

—Vamos a ver: ¿sabes poner huevos?—le preguntó ésta.

—No.

—Pues si no sirves siquiera para eso, no te toca más que oír y callar.

Y el gato le preguntó a su vez:

—¿Sabes inflar el lomo? ¿Sabes hilar la rueca y hacer que salten chispas de tu pelo cuando te froten en la obscuridad?

—No.

—Entonces no tienes derecho para atreverte a ma-

nifestar tu opinión cuando las gentes razonables están hablando. Calla y escucha, que así aprenderás.

Avergonzado el pobre pato, se acostó tristemente en un rincón; pero de pronto un aire vivo y la luz del sol penetraron en la habitación, y esto le dio tan gran deseo de nadar en el agua, que no pudo menos de decírselo a la gallina.

—¡Vaya una ocurrencia!—contestó ésta—No tienes que hacer, y no se te ocurren más que majaderías y quimeras. Pon huevos, como yo, o haz *rum, rum*, como el gato, y verás cómo se te pasan esos caprichos.

—Sin embargo, ¡es tan hermoso nadar en el agua!—dijo el pato—¡Si vieras qué felicidad tan grande es sentir el agua sobre la cabeza y sumergirse hasta el fondo!

—¡Valiente diversión!—repuso la gallina—; yo creo que te has vuelto loco. Pregunta al gato *Marramaquiz*, que es el más razonable que conozco, si es bueno eso de nadar o hundirse en el agua. Pregunta a nuestra anciana ama: nadie en el mundo tiene más experiencia que ella; ¿piensas tú que tiene deseos de nadar o de sentir el agua sobre su cabeza?

—Señora gallina, creo que usted no me entiende.

—¿Que no te entiendo? ¡Miren el presuntuoso! ¿Y quién te comprenderá entonces? ¿Te crearás más instruído que yo, que *Marramaquiz* y que nuestra ama?

—No hablo de mí solo; hablo de todas las aves de mi especie.

—No seas orgulloso, jovenzuelo, y agradece mucho al Creador el bien que te ha concedido. Has llegado a una casa muy bien abrigada; has encontrado una sociedad ilustrada, culta y distinguida que te podría aprovechar, y te metes a hacer razonamientos ridículos, con los que te pones insoportable. Es muy enojoso vivir contigo. Créeme, te aprecio de veras; sin duda te parecerá desagradable lo que te digo, pero en esto se conocen los amigos verdaderos. Sigue mis consejos, trata de poner huevos o de hacer *rum*, *rum*, como el gato.

—Creo que lo que me será más ventajoso y cómodo será marcharme a dar una vuelta por el mundo—replicó el pato.

—Como tú quieras—dijo la gallina—; nada perdemos en ello.

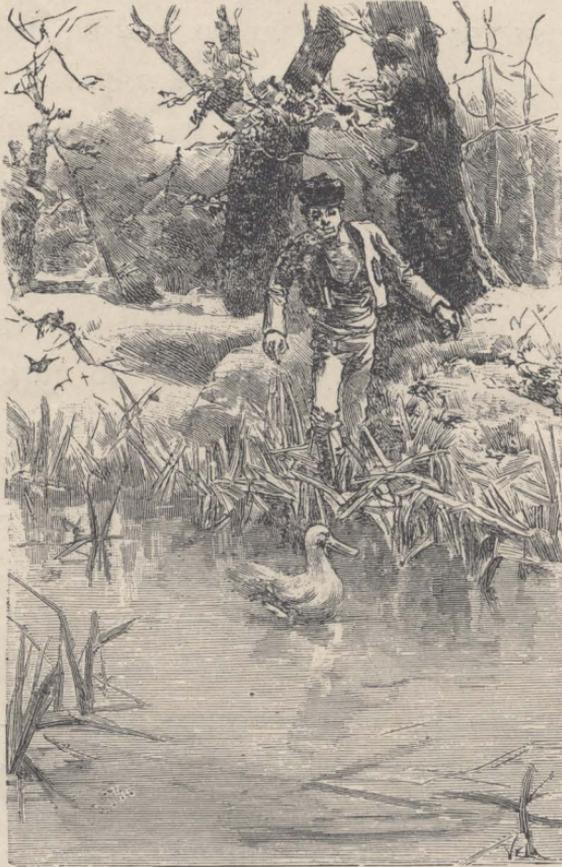
Y el pato se fue a nadar y a sumergirse en el agua; pero todos los animales le hicieron mil desprecios a causa de su fealdad.

Llegó el otoño; las hojas de los árboles del bosque se pusieron amarillas y secas; el viento las arrancó y las hizo dar mil volteretas. Allá arriba, en los aires, hacía mucho frío; pesadas nubes se inclinaban hacia la tierra cargadas de granizo y de nieve. Hasta los mismos cuervos graznaban de frío, tanto era el que hacía; las personas, aunque fueran muy abrigadas, tiritaban de frío. El pobre pato no estaba, en verdad, muy satisfecho con aquella temperatura.

Una tarde que el sol se ponía entre nubecillas rojas, una multitud de aves muy grandes salió de entre las zarzas; el pato jamás había visto animales tan hermosos: eran de una blancura resplandeciente y tenían el pescuezo largo y flexible. Eran cisnes. El sonido de su voz era un graznido muy particular: extendieron sus largas y brillantes alas, para ir muy lejos de esta tierra a buscar en los países cálidos lagos en que no hubiese hielo. Subían tan alto, tan alto, que el pobre pato feo sintió por primera vez en su vida algo parecido a la envidia; se revolvió en el agua como una rueda, levantó el cuello y le extendió en el aire hacia los cisnes viajeros, dando un grito tan singular y tan agudo, que tuvo miedo de sí mismo. No podía olvidar aquellas magníficas y felices aves; tan pronto como dejó de verlas, se sumergió hasta el fondo, y cuando subió a la superficie estaba como fuera de sí. No sabía cómo se llamaban aquellas aves, ni adónde iban; pero, sin embargo, sentía hacia ellas un cariño que hasta entonces no había sentido por nadie. Estaba muy triste; porque ¿cómo podría soñar siquiera en ambicionar para él una belleza tan perfecta? ¡Habría sido tan feliz si los patos hubieran consentido en soportarle a su lado! Pero se burlaban despiadadamente de su fealdad.

Seguía en tanto deslizándose el invierno, que era cada vez más frío, hasta el punto de que el agua se helaba en las fuentes, y el pato, cuando nadaba en

la superficie del agua, tenía miedo de que se helase de pronto; pero cada noche el agujero en que nadaba se iba haciendo más estrecho. Helaba tanto, que se oía rechinar el hielo; el pobre patito no tenía más re-



Un labrador por la orilla

medio que mover continuamente las piernas para que el agujero no se cerrase a su alrededor. Pero llegó un momento en que se sintió extenuado de fatiga; se detuvo para cobrar fuerzas, y se quedó aprisionado

por el hielo. Un frío glacial se apoderó poco a poco del pobre animalito, y al fin se aletargó.

A la mañana siguiente pasó un labrador por la orilla, y vio lo que sucedía; se adelantó, rompió el hielo y llevó el pato a su casa para dárselo a su mujer y preparar con él un guiso, pues le creía muerto. Pero con el calor de la casa, el pobre animalito volvió a la vida.

Entonces los niños pidieron a sus padres que no le mataran, porque querían jugar con él; pero el pato, creyendo que iban a hacerle daño, se tiró lleno de miedo en medio del caldero de la leche, de manera que hizo saltar ésta en la habitación. Entonces la mujer se puso a golpearle encolerizada, y el pato, lleno de terror, se refugió en la mantequera y de allí en el artesón de amasar, que estaba junto a la ventana. Desde allí tomó vuelo y se escapó fuera.

Entonces fue cuando quisieron matarle de veras. La dueña de la casa, llena de furia, corría tras él y quería golpearle con las tenazas: los niños se lanzaron al estercolero para coger al pobre animal. Reían y daban gritos, y fue una gran suerte para el pato haber encontrado la puerta abierta y poderse esconder entre las ramas, en la nieve; allí se ocultó, muy cansado y con el corazón palpitante de angustia.

Difícil y larga tarea sería contar todas las miserias y todos los trabajos que tuvo que sufrir el pobre animal durante aquel invierno tan terrible.

Comía muy poco y dormía en la laguna, entre los juncos; pero al fin llegó un día en que el sol comenzó a tomar su brillo y su calor. Las alondras cantaban de alegría; toda la naturaleza renacía a una existencia nueva. Anunciábase una primavera deliciosa.

Entonces el pato pudo abandonarse tranquilo al vigor de sus alas, que batían el aire con mucha más fuerza que en otro tiempo y eran ya bantante grandes y sólidas para llevarle muy lejos. Remontó el vuelo, y no tardó en llegar a un jardín, en el que los árboles frutales estaban en flor, y el saúco esparcía su perfume e inclinaba sus ramas verdes más allá de las tapias. ¡Qué hermoso era todo este sitio, y qué espléndida comenzaba la primavera!

Estaba embelesado el pato en la contemplación del jardín, cuando vio salir de las profundidades del bosque tres cisnes blancos y magníficos. Batían con arrogancia sus alas, y se pusieron a nadar majestuosamente sobre el agua. El pobre patazo feo reconoció a estas hermosas aves, y se sintió presa de honda melancolía.

—Yo no puedo resistir más, me voy con ellos—se dijo—: me matarán por haberme atrevido, yo tan feo, a ponerme a su lado; pero al fin, ¡ha sido tan triste mi vida! Más vale ser muerto por esas soberbias y preciosas aves, que ser mordido por los patos, picado por las gallinas, empujado con el pie por las mozas del corral y sufrir desamparado y solo las miserias del invierno.

El más feo puede ser el más hermoso

Entró resueltamente en el agua y salió al encuentro de los cisnes. En cuanto éstos le vieron y se precipitaron hacia él con las plumas levantadas, «Matadme», dijo con tono de resignación el pobre animal, e incli-



Inclinó humildemente la cabeza.

nó humildemente la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte, que había de poner fin a su prolongado martirio.

Mas ¡oh sorpresa! ¡oh encanto! ¿Qué era lo que

veía en el agua transparente? Vio su propia imagen debajo de él; pero no era ya un ave mal hecha, de un gris negruzco, fea y repulsiva, sino que era un cisne hermosísimo.

¿Qué importa haber nacido en un mísero corral, cuando se ha salido del huevo de un cisne?

El dichoso animal olvidó en un momento todos sus sufrimientos y todas sus penas; por la primera vez entonces gozaba de inmensa felicidad viendo la magnificencia que le rodeaba y a los grandes cisnes que nadaban a su lado y le contemplaban con admiración, acariciándole con sus picos.

Llegaron unos niños al jardín y echaron pan y granos de trigo en el agua, y el más pequeño de entre ellos gritó:

—Hay otro nuevo—, y los demás niños lanzaron alegres exclamaciones:

—Sí, sí, es verdad, hay otro nuevo, y más hermoso que los demás—; y saltaban en la orilla, palmoteando y ofreciéndole pan. Después corrieron a dar la noticia a su padre y a su madre, y volvieron trayendo más pan y pasteles. Se decían unos a otros:

—El nuevo es el más bonito. Es muy joven. ¡Qué hermoso y qué blanco es!

Y los cisnes viejos le dirigían mil lisonjas en su lenguaje.

Entonces el pato feo, como antes le llamaban, se sintió avergonzado y ocultó la cabeza bajo su ala;

El más feo puede ser el más hermoso

no sabía cómo estar, porque aquella felicidad era demasiado grande para él. Pero no era orgulloso, porque un buen corazón no se abandona nunca a las pequeñeces de la vanidad. Recordaba la manera como



Echaron pan y granos de trigo.

había sido perseguido e insultado en todas partes, y ahora oía decir que era el más hermoso entre aquellas magníficas aves. Los lindos arbustos del jardín inclinaron sus ramas hacia él, y el sol esparció en tor-

Cuentos de Calleja

no suyo una luz caliente y bienhechora. Entonces las plumas del cisne se ahuecaron; su cuello, airoso y flexible, se levantó, y del corazón de la hermosa ave salió este grito:

—¡Cómo me habría atrevido a soñar con tanta felicidad cuando no era más que un ~~pe~~to feo!

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

